

Selección TERROR

SIMPOSIUM DEL HORROR

Adam Surray



ADAM SURRAY

SIMPOSIUM DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.° 520

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 106 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain.

1a edición en España: febrero, 1983 1a edición en América: agosto, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

La joven esquivó el rostro, aunque no consiguió evitar el beso. De nuevo sus gordezuelos labios quedaron aprisionados por los de Ronny Freeman. En apasionado beso. La resistencia femenina fue cediendo. Correspondió al beso. Sólo cuando la diestra de Freeman, en audaz caricia, intentó introducirse por entre la desabotonada blusa de la muchacha, ésta reaccionó.

Se separó de Freeman.

Con el rostro rojo como la grana.

Louise se percató por primera vez de que tenía la blusa desabotonada. Al menos los cuatro cierres superiores. Descubriendo el sujetador de media copa. Mostrando con generosidad los juveniles senos.

Dirigió una penetrante mirada a Freeman.

—Eres muy hábil, Ronny —dijo Louise, abotonando la blusa—. Ya me habían advertido de ello.

—Habladurías.

—Sí, eso mismo pensé yo. Nunca me dejo influir por los comentarios, pero sospecho que eran acertados.

Ronny Freeman frisaba en los treinta años de edad. Aún no cumplidos. Un individuo de rostro bronceado, de atractivas facciones, con una sempiterna sonrisa cínica a flor de labios. Vestía chaqueta sport, camisa polo y pantalón a juego.

También Freeman contempló inquisitivamente a la muchacha.

Louise Wilson. Veintidós años de edad. Rostro de perfecto óvalo. Acentuado por el corto pelo recogido en gracioso y favorecedor peinado. Ojos negros y profundos, de dulce mirar. La nariz ligeramente respingona. Labios carnosos de seductora curva.

Ronny Freeman se reflejó en aquellos profundos ojos.

—Louise, yo…

—Debo irme —interrumpió la joven incorporándose y recogiendo su

bolso de mano—. Es mi turno en la centralilla. Gracias por invitarme a almorzar.

La joven se alejó presurosa.

Sin dar tiempo a una posible reacción de Freeman. Este quedó unos instantes inmóvil. Siguió con la mirada a Louise hasta que abandonó el local. Tomó la cajetilla de tabaco para llevarse un emboquillado a los labios.

Ronny Freeman era el único cliente en el denominado Salón Azul. Uno de los más discretos y elegantes del Mirrors Hotel. Mesas con divanes separadas por artísticos biombos. Candelabros iluminando románticamente el local, cuadros, espejos, cortinajes… Todo ello en marcado estilo romántico.

Un individuo hizo su entrada en el local.

Acudió hacia la mesa ocupada por Freeman.

—He visto salir de aquí a Louise. ¿Otra para tu colección, Ronny?

—No es asunto tuyo, Salkow.

El llamado Salkow ya peinaba canas. Esbozó una sonrisa. Dedicando a Freeman una despectiva mirada.

—Sí. Tienes razón. No es asunto mío. Únicamente lo lamento por Louise. Ella no es como las demás.

—Te equivocas, Salkow. Todas son iguales. Al menos para mí.

—Tú sí eres distinto, Ronny. Eres un mal bicho difícil de imitar. Un bastardo que juega con los sentimientos ajenos sin importar el daño a causar. Yo aprecio a Louise. Conocí a su padre. Un buen hombre que…

—Oye, Salkow —cortó secamente Freeman—. He disfrutado de un buen almuerzo. No me des tú ahora el postre. ¿Qué quieres?

En el rostro de Salkow volvió a forzarse una sonrisa.

—Disculpa… Soy un entrometido. Como bien dices, no es asunto mío. El señor Greene quiere verte. Te espera en su despacho.

—Okay.

Ronny Freeman quedó nuevamente solo en el local. Exhaló una

bocanada de azulado humo que serpenteó por su rostro. Pensativo.

Sí.

Louise era diferente.

Freeman se había percatado de ello desde el primer momento. Y no quiso reconocerlo. Trató de conquistarla. Como a una más. Ajeno a los sentimientos que despertaba en el corazón femenino.

Ronny Freeman se incorporó aplastando el cigarrillo en el cenicero. Casi con furia. Molesto por aquellos leves síntomas de remordimiento.

Abandonó el Salón Azul.

Se encontraba en el primer piso del Mirrors Hotel. Uno de los establecimientos hoteleros más lujosos y modernos de Los Angeles. Enclavado entre Hollywood y las Cox Hills. Un gigantesco bloque con cientos de habitaciones, suites, salones sociales, salas para convenciones, cinema, night-club, piscinas, salón de belleza...

Todo el servicio y lujo para clientes seleccionados.

Ronny Freeman se introdujo en uno de los tubo elevadores privados. A utilizar sólo por personal cualificado del hotel. Pulsó el mando correspondiente a la planta veinte. En aquel piso se emplazaba la administración mecanizada y los máximos dirigentes del gran hotel.

Salió de la cabina adentrándose por un largo corredor. En la antesala al despacho del director fue recibido por una de las secretarias. Una exuberante rubia de sensual rostro.

—El señor Greene lleva ya varios minutos esperándote, Ronny. Eres muy difícil de localizar.

Freeman se inclinó sobre la mesa para depositar un beso en los labios femeninos.

—De haberme llamado tú, hubiera acudido al instante. ¿Sabes de qué se trata? ¿Alguna otra protesta contra mí?

La mujer rió encogiéndose de hombros.

—Lo ignoro, Ronny; pero no me sorprendería. Tus métodos dejan mucho que desear. Te deseo suerte.

La secretaria tecleó sobre el interfono anunciando la presencia de

Freeman. De inmediato recibió autorización para que penetrara en el despacho.

Ronny Freeman se despidió de la mujer con una cínica sonrisa. Acudió hacia la puerta situada al fondo de la antesala. Con letras doradas en la madera. Hizo girar el pomo.

La estancia era espaciosa. Decorada y amueblada con refinado lujo. Con ventanal a la Florence Avenue. Dominando gran parte de las Cox Hills. Junto al confortable mobiliario contaba con una pantalla de video comunicación y televisión en circuito cerrado para información de cuanto acontecía en las diferentes secciones del lujoso hotel.

Steven Greene estaba tras la artística mesa escritorio. En su trono. Como un dios. Un individuo de unos sesenta años de edad. Rebosante aún de energía. Un luchador. Director propietario del Mirrors Hotel. Y también propietario de la cadena de establecimientos hoteleros repartidos por la costa californiana. Desde San Francisco hasta San Diego.

—Tome asiento, Freeman.

—Prefiero estar así, señor.

—¡Tome asiento, maldita sea!

Ronny Freeman sonrió acudiendo hacia el sillón situado a la izquierda de la mesa. Steven Greene le resultaba simpático. Un individuo que había empezado como botones en el Wilcox de Sacramento. Y ahora estaba en la cumbre. Greene se había esforzado en adquirir cultura. Con gran sacrificio. Aunque en ocasiones delataba su origen plebeyo. No moderaba sus expresiones desaforadas. Era su única válvula de escape a los problemas.

—¿Está contento de trabajar en el Mirrors, Freeman?

Ronny Freeman mantuvo la tenue sonrisa en el rostro.

—Por supuesto, señor. Buen sueldo, bien alimentado, poco trabajo… ¿Qué más puedo desear?

—Un año, ¿verdad?

—Aproximadamente.

Steven Greene tecleó con los dedos sobre la mesa. Con la mirada fija

en Freeman. Entornando los ojos.

—Un año... Y en tan sólo un año, he estado tentado de despedirle en multitud de ocasiones. El detective de un hotel está para evitar o suavizar posibles problemas. Usted los ocasiona, los provoca, los busca... ¿Qué le ocurre, Freeman?

—Nada, señor.

El director del hotel empequeñeció aún más los ojos. Sin apartar la mirada de Freeman. Movió lentamente la cabeza.

—Yo sí sé lo que le ocurre, Freeman. Su trabajo en el Mirrors Hotel le asquea. Le desagrada codearse con la alta sociedad y con los podridos de dólares. De ahí que en ocasiones les envíe al infierno. Y le comprendo perfectamente, Freeman. Usted se presentó hace un año para ocupar la plaza de detective del hotel. Junto con otros muchos candidatos más.

—Lo recuerdo, señor.

Greene sonrió.

—Sí... Usted fue el único que llegó con pésimas referencias. Incluso recibí una llamada personal del jefe de la Metropolitan Police desaconsejando que le admitiera. Sólo que yo soy quien selecciona al personal de mayor importancia. Y un detective de hotel lo es. No estoy arrepentido de mi decisión, Freeman. Pese a los problemas que me ha ocasionado, no estoy arrepentido. Yo conozco a las personas. Usted es frío, calculador, cínico, insubordinado... e inteligente. No se amilana ante las situaciones comprometidas. Todo lo contrario.

—¿Piensa despedirme, señor?

Steven Greene rió ahora divertido.

—No está acostumbrado a las alabanzas, ¿eh? No, Freeman. No le estoy dorando la píldora para luego anunciarle el despido. Voy a proporcionarle una mayor actividad. Durante una semana, y a partir de hoy mismo, estará destinado en el Cheraw Hotel.

—¿El Cheraw Hotel?

—Correcto. En su contrato de trabajo quedó estipulado que podía ser destinado a cualquiera de los hoteles de la cadena que...

—No pongo reparo alguno, señor. Únicamente mostraba mi sorpresa. Tengo entendido que el Cheraw Hotel está al mínimo de su capacidad hotelera. En esta época las plazas ocupadas no alcanzan ni el treinta por ciento.

—Mañana empieza una convención en el Cheraw Hotel —sonrió Steven Greene—. Se verá muy concurrido. Demasiado. El pasado año, esa misma convención se celebró igualmente en el Cheraw. Hubo de todo. Disputas entre los conferenciantes, rivalidades entre los componentes del certamen, robos de los visitantes a las salas de exposiciones. El detective del Cheraw Hotel no supo cortar todos aquellos incidentes y fueron en aumento. Todo muy desagradable. De ahí que haya decidido por designarle a usted, Freeman. Solo será una semana. El tiempo de la convención.

—Muy bien, señor. Esta misma noche dormiré en el Cheraw.

—Perfecto, Freeman. Aquí tiene. Es un programa de las actividades a desarrollar en la convención. También figuran las salas y exposiciones programadas. Estúdielo. Le resultará interesante el dossier.

Ronny Freeman se incorporó del sillón alargando la mano hacia la carpeta ofrecida por el director del hotel.

Interrumpió el iniciado ademán.

Quedó con el brazo derecho extendido. Rozando con los dedos la carpeta de negras tapas. Con letras rojas en la portada. Simulando una siniestra mancha de sangre. De gran efecto.

Un titular muy breve.

«III Simposium del Horror.»

CAPITULO II

Ronny Freeman terminó de leer el dossier.

En su rostro aún se mantenía una leve expresión de asombro. Sorprendido por la lectura. Resultaba difícil de creer que aproximadamente un millón de dólares se moviera alrededor del denominado género de terror.

El promotor de todo aquello era la Crothers Editor. Guy Crothers el fundador de aquel imperio. Se inició en la década de los setenta. Primero quiso rivalizar en el comic de terror con las todopoderosas Warren Publishing y DC Comics; pero pronto desistió de aquella lucha de antemano perdida. Se dedicó de lleno a la literatura de terror. Publicando obras de autores desconocidos, anónimos, rebuscando en viejos pergaminos y libros de antaño, escritos prohibidos que más bien parecían realizados por la mano de Satán.

Crothers Editor fue adquiriendo un nombre en la literatura popular. Sin salirse del género del terror. Un género que parecía ir en aumento día a día. Terror, satanismo, brujería, posesión... Todos los temas prohibidos, ocultos y malditos tenían aceptación en Crothers Editor.

Y Guy Crothers fue abriendo horizontes. Cada obra editada alcanzaba fabulosas tiradas. El público, un público morboso y ávido de emociones fuertes, esperaba con impaciencia cada lanzamiento de Crothers Editor.

Fue hace tres años cuando Guy Crothers y su grupo de asesores concibieron la idea de crear un premio editorial al mejor relato de terror. La más terrorífica de las novelas presentadas a Crothers Editor sería premiada con... ¡medio millón de dólares!

Los intelectuales, eruditos y muertos de hambre literarios pusieron el grito en el cielo. Premios literarios de gran prestigio se cotizaban entre los veinticinco o cincuenta mil dólares. ¡Y la Crothers Editor soltaba medio millón por una bazofia!

Fueron muchos los intelectuales que por supuesto bajo seudónimo, se presentaron al certamen literario de Crothers Editor. Fracasando. Es fácil criticar un género literario menor. Despreciar la subcultura que se encierra en la denominada literatura popular.

Ninguno de los intelectuales quedó entre los finalistas.

El I Premio Crothers Editor de Terror fue para un tal Clint Stafford por su obra Fuego del Averno. Una novela cruel, sangrienta, sádica y sexual. De inmediato celebrada por Crothers Editor y por su fiel público. Actualmente, Fuego del Averno iba por su octava edición. Sin contar las ediciones piratas lanzadas por Guy Crothers. Igual éxito correspondió a Sidragasum, ganadora del II Premio Crothers editor de Terror.

La concesión del primer premio fue celebrada en un magno escenario en un restaurante de Los Angeles. El segundo año fue aún más fastuoso. Había que celebrar también la unión de Crothers Editor con la Lacey Films. Esta se encargaría de llevar a la pantalla las obras premiadas. El acontecimiento tuvo lugar en el Cheraw Hotel.

Y el tercer año...

Sí.

Ahora se había tirado la casa por la ventana.

Crothers Editor podía permitirse ese lujo. La unión con la Lacey Films había dado sus frutos. Dos películas. Las correspondientes al primero y segundo premios. Dos fabulosos éxitos de taquilla en todo el mundo. Sin contar las producciones menores dedicadas al mercado del video.

Crothers Editor contaba con un buen equipo.

Uno de los puntales era Berni Kasdan. Uno de los escritores de la casa. Un autor maldito que deambuló de editorial en editorial hasta que Crothers Editor le abrió las puertas para publicar sus engendros.

Berni Kasdan, más que escribir, vomitaba. Parecía imposible que la mente humana pudiera imaginar las espeluznantes historias narradas por Kasdan. Era como si estuviera inspirado por el Averno. Berni Kasdan había formado parte del jurado en la concesión de los premios Crothers Terror. Y en la III Crothers Terror también seleccionaría y proclamaría a la obra vencedora.

Cinco eran los miembros del jurado para el III Crothers Terror. Los mismos que concedieron el premio en el pasado año. Berni Kasdan, Harold Lacey, Marty Nicholson, Stella Parks y Margaret Clovis.

Ronny Freeman no se sorprendió de que dos mujeres formaran parte del jurado. Había auténticas brujas que disfrutaban con las crónicas sangrientas de los periódicos. Gozarían también seleccionando historias tremebundas.

Antes de la concesión del III Crothers Terror, en el último día del certamen, se habían programado diferentes actos. En la sala de proyección del Cheraw Hotel, y cada día, una película coloquio.

Personalidades especializadas en el tema habían sido invitadas al certamen. Escritores, artistas, dibujantes… Los más representativos del alucinante mundo del terror y la fantasía estarían allí.

Otra novedad más. La Sala del Terror. Uno de los más amplios salones sociales del Cheraw Hotel había sido transformado en Museo del Horror. Los clásicos del terror allí representados. Hombres, monstruos y fieras. Todos ellos en artísticas figuras de cera:

Ronny Freeman respiró con fuerza para seguidamente mover la cabeza de un lado a otro.

La lectura de aquel amplio dossier sobre el III Premio Crothers Terror había resultado interesante, aunque sin llegar a impresionarle. Muy pocas cosas turbaban a Freeman. Y él no creía en fantasmas, muertos vivientes ni satanismos.

Comenzó a preparar un reducido equipaje.

Aquella misma noche pernoctaría en el Cheraw Hotel. Y mañana, con el inicio de los actos del denominado Simposium del Horror, empezaría también su trabajo. Sin duda más emocionante que los rutinarios días en el elegante y aristocrático Mirrors Hotel.

Ronny Freeman, portando una valija de mano, abandonó su habitación. De nuevo se introdujo en uno de los tuboelevadores del personal. Pulsó el botón de la planta baja.

Al salir de la cabina encaminó sus pasos hacia la centralilla telefónica y de télex del Mirrors Hotel.

Allí estaba Louise.

La muchacha parpadeó levemente al contemplar la valija. Con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Te han despedido?

—¡Oh, no! —rió Freeman—. Todavía no. Voy una semana al Cheraw Hotel. Luego regresaré aquí. No quise marchar sin decirte adiós.

—Eres muy considerado.

Freeman captó la ironía de la joven.

—También quiero pedirte disculpas, Louise. No estoy acostumbrado a ello, pero eres merecedora a esas disculpas. Me equivoqué contigo. No te molestaré más.

Los gordezuelos labios de Louise esbozaron una sonrisa.

—Tampoco hay que ser tan rotundo, Ronny. No hay motivo para romper nuestra amistad y…

—Yo no creo en la amistad —interrumpió Freeman—. Y menos entre un hombre y una mujer. Eres una buena chica, Louise. No quiero hacerte daño. Frecuentar mi compañía no te beneficiará. Tengo muy mala reputación.

—Yo no…

—Adiós, Louise.

La nueva interrupción de Freeman fue acompañada de un girar de tacones y abandono de la sala. Fue hacia el parking subterráneo del hotel. En busca de su Corvette.

Minutos más tarde formaba parte del infernal tráfico de la ciudad de Los Angeles. En dirección a las zonas residenciales del Shawn Creek. En las afueras de la ciudad.

Al Cheraw Hotel.

El Simposium del Horror no iba a iniciarse mañana, sino aquella misma noche. La muerte ya había ocupado plaza en el Cheraw Hotel.

CAPITULO III

Dabney McKeon, jefe de recepcionistas del Cheraw Hotel, sonrió maliciosamente.

—Aquí no te aburrirás, Ronny. El año pasado fue algo fabuloso. Un desmadre total. Auténticas orgías por todos los rincones del hotel. El tal Berni Kasdan es un perfecto hijo de perra, pero se lo sabe montar bien. En el pasado certamen, una jovencita llamada Emma Sanders fue violada por Kasdan. En plena piscina. Se echó tierra al asunto. Emma Sanders, una starlett en busca del éxito, silenció su violación a cambio de un papel en el film de la Crothers & Lacey.

—Maravilloso.

McKeon rió más abiertamente.

—Te gustará el ambiente. Tenemos aquí a Leila Maybell, la diosa de fuego de Hollywood. Posiblemente sea la protagonista del tercer film de la Crothers & Lacey. ¡Y las azafatas...! Algo fuera de serie, Ronny. Cinco seductoras muchachas para orientar al público e invitados. Simpáticas y atractivas.

—Estás babeando sobre el mostrador, Dabney.

Dabney McKeon dirigió una instintiva mirada al mostrador de recepción. Cuando alzó nuevamente los ojos, Freeman ya se alejaba hacia uno de los salones sociales de la planta baja.

Una sala reducida. Con confortables sillones y mesas. Al fondo un mostrador para el servicio de bebidas. Ningún cliente en las mesas. Aquel discreto salón gozaba de poco atractivo. Más concurridos estarían los de las máquinas tragaperras o el del tele video.

Ronny Freeman sí parecía haber encontrado un atractivo.

La mujer que estaba acomodada en uno de los taburetes del mostrador. Sosteniendo con temblorosas manos una copa de brandy.

Una mujer joven. De unos veinticinco años de edad. Rostro deliciosamente atractivo. Enmarcado por sedosos cabellos negros. Ojos rasgados. Los pómulos gatunos, sensuales. Boca de carnosos labios, húmedos y tentadores.

La muchacha vestía una especie de uniforme. Chaqueta corta sobre

blusa con lazo de seda al cuello y falda a juego. En la cabeza un gracioso sombrero a modo de casquete.

Ronny Freeman la catalogó de inmediato como una de las azafatas contratadas para el Simposium del Horror.

Y acertó.

La muchacha, en la solapa de la chaquetilla, lucía un distintivo como relaciones públicas del Simposium del Horror.

—Imaginaciones tuyas, Pamela —sonrió el individuo situado tras el mostrador—. Es tu primer día. Te acostumbrarás a todos esos esperpentos.

—¿Acostumbrarme? ¡No necesito acostumbrarme! —protestó la joven, aunque con leve inflexión en la voz—. He sido seleccionada por mis conocimientos en el género del terror, el satanismo, brujerías y ciencias ocultas. ¡Seleccionada entre cientos de candidatas! Mi tesis universitaria versó sobre el mito licantropía. ¡No soy una mujer fácil de impresionar!

—¿De veras?

El sarcasmo del barman hizo enrojecer a la muchacha.

—La momia movió los ojos, Lou. ¡Estoy segura! Me fue imposible seguir esperando allí al señor Nicholson. Cerré la puerta con llave y...

—Tienes «suerte, Pamela —interrumpió el llamado Lou sin dejar de sonreír—. Este es el señor Ronny Freeman. Detective del hotel. Puede solucionar tu problema. ¡El caso de la momia viviente!

El camarero rió a carcajadas. La entrada en el salón de una pareja que se dirigió a las mesas le hizo salir del mostrador.

Freeman se acomodó en el taburete contiguo al de la joven.

Le dedicó una sonrisa.

—Hola, Pamela. ¿Tienes problemas?

La cordial sonrisa de Freeman fue levemente correspondida por la muchacha.

—¿Eres... eres el detective del hotel?

—Ahá.

Pamela ahogó un suspiro. Tensando la ceñida blusa. Presionando sus turgentes senos bajo la tela.

—Sí puedo tener problemas, Ronny. El señor Nicholson, experto en efectos especiales y decorados de la Lacey Films, me llamó para que le acompañara a la Sala del Terror. Tenía que dictarme cualquier anomalía o corrección que encontrara en las figuras de la exposición. En el «El leñador de Blissburg», habían olvidado colocar el hacha en sus manos. El señor Nicholson me ordenó esperarle allí mientras él acudía en busca de los montadores de la sala para indagar sobre el paradero del hacha. Al quedar sola...

La sonrisa de Freeman se tornó burlona.

Fue captada por Pamela, que de inmediato volvió a enrojecer.

—La momia. Una reproducción a la legendaria momia de Karloff. Los ojos de la momia se movieron, Ronny. Parecían seguir mis movimientos.

—Un efecto de luz.

—Eso mismo pensé yo, Ronny. Me aproximé... y los ojos de la momia adquirieron un súbito brillo. Un destello diabólico. Escapé de allí presa del miedo. Cerré con llave la Sala del Terror. Cuando regrese el señor Nicholson y no me encuentre allí, de seguro elevará una protesta al jefe de Relaciones Públicas del certamen. ¡Y no puedo explicarles el motivo de mi huida! Sería despedida en el acto. Las cinco azafatas seleccionadas no debemos dejarnos impresionar por el prefabricado ambiente de terror.

—Tú lo has dicho, Pamela —dijo Freeman, sin abandonar su leve sonrisa—. Prefabricado. Todo es artificial. Muy bien realizado, pero falso. Para impresionar a los adictos al género del terror.

—Sí, lo sé...; pero...

—¿Quieres regresar a esa Sala del Terror? Yo iré contigo. Puede que el tal Nicholson aún no haya aparecido por allí. Nadie se enterará de tu deserción.

Pamela dudó.

Sin duda aún impresionada.

Terminó por mover afirmativamente la cabeza, esbozando en sus carnosos labios una sonrisa.

—De acuerdo, Ronny.

—Entonces, en marcha. Guíame tú. Tengo entendido que la denominada Sala del Terror la han instalado en el primer piso. Al menos así figura en el programa.

—En efecto. Una sala contigua a la de proyección. Uno de los salones mayores del hotel.

Abandonaron el local.

Pamela no acudió al elevador. Encaminó sus pasos directamente hacia la alfombrada escalera.

Y Ronny Freeman lo agradeció.

Tuvo ocasión de admirar más detenidamente y con detalle las piernas de Pamela.

Enfundadas en finos pantys. A cada paso, un innato y sensual ondular en las caderas femeninas.

Llegaron al primer piso.

Todo parecía estar preparado para la inauguración de mañana. El primer piso del Cheraw Hotel carecía de habitaciones. Todo eran salones, snack, peluquería y demás salas de recreo y servicios. Gran parte acondicionado para la muestra del Simposium del Horror. Con carteles ilustrados con espeluznantes dibujos indicadores de las diferentes secciones.

—No está aquí el señor Nicholson —comentó Pamela, tomando la llave del interior del bolso que lucía en bandolera—. Esta llave le pertenece. Yo cerré como medida de seguridad.

—¿Contra la momia? —sonrió Freeman.

—¡No te burles! —la joven introdujo la llave en la cerradura de la puerta—. Las figuras, libros y demás objetos de esta sala están valorados en muchos miles de dólares. Cualquier coleccionista del terror encontraría aquí auténticos tesoros.

Sala del Terror.

Espaciosa, Longitudinal. Figuras a izquierda y derecha, dejando amplio pasillo. A la entrada una selecta biblioteca para ser consultada por los visitantes. Algunos ejemplares, Diccionario Infernal, La corte de Satán, El bosque de las brujas y otros de los siglos XV y XVI; dado su valor de incunables estaban protegidos en seguras vitrinas.

También había varias cabinas de video. Con posibilidad de visionar films y cortometrajes de terror de exhibición comercial caducada. Aparatos de audio para escuchar las melodías de las películas más terroríficas. Posters, fotografías, ilustraciones, comic…

Aunque lo más espectacular resultaba ser las figuras de cera.

Sí.

Allí estaban todos.

Frankenstein, Drácula, el hombre lobo, el jorobado de Notre Dame… También una sección especial dedicada a Satán y su corte infernal. El lujurioso Asmodeo, la gula de Belcebú, el perezoso Belfegor, la ira de Satanás, los celos en Leviatán…

Otra galería para los monstruos del crimen. El estrangulador de Boston, el leñador de Blissburg, el vampiro de Düsseldorf, el carnicero de Hannover, Landrú, Jack el Destripador…

Ronny Freeman encendió un cigarrillo. Dirigió una indiferente mirada a su alrededor. Sin que su rostro reflejara emoción alguna.

—No eres muy impresionable, ¿verdad, Ronny?

Freeman sonrió.

—No, no lo soy. Ni tan siquiera siento curiosidad por todo esto. Lo considero infantil.

—¿Infantil? —se escandalizó Pamela—. Sufres un grave error. Aquí hay cosas que nada tienen de infantiles. Esos incunables… Son libros malditos y prohibidos. El satanismo existe, Ronny. Al igual que la brujería.

—Por supuesto. Crothers Editor es una prueba de ello. Ha amasado una fortuna explotando esos mitos, leyendas y supersticiones.

—Puedo contarte infinidad de casos reales, Ronny. Comprobados. Sucesos que te dejarán aterrado y…

—En otra ocasión —interrumpió Freeman, irónico—. ¿Dónde está la momia de los ojos bailones? .

El burlón comentario de Freeman no hizo sonreír a la muchacha.

Pamela avanzó por el pasillo central. Escoltada por aquellas siniestras figuras de cera.

Se detuvo frente a una de ellas.

La momia.

Espeluznante. De un gran efecto terrorífico. Una figura corpulenta. Envuelta en mohosos vendajes amarillentos. Las manos engarfiadas. Lo único sin cubrir por los vendajes eran los ojos. Lo único que quedaba al descubierto. Unos ojos grandes, brillantes...

Freeman se encaramó sobre el pedestal que sostenía a la figura.

—¿Qué... qué vas a hacer, Ronny?

—Muy sencillo, Pamela. Demostrarte que estos ojos son incapaces de ver. Voy a arrancarlos.

—¡No...! ¡No, Ronny...! ¡No lo hagas...!

Freeman hizo caso omiso a la angustiosa protesta de la muchacha. Ayudado por el índice y pulgar de la mano derecha, arrancó el ojo izquierdo de la momia. Hizo lo mismo en el derecho.

Saltó del pedestal.

Sonriente.

—Aquí los tienes, Pamela —dijo Freeman, mostrando la palma de su diestra—. Dos ojos de cristal. Perfectos. De los utilizados en óptica. Brillantes, de gran efecto..., pero artificiales.

—Yo..., yo...

—Tranquilízate, Pamela.

La muchacha contemplaba aterrada la figura de la momia. Las vacías cuencas. Los dos profundos orificios en aquel rostro de espeluznante vendaje.

—¡Maldita sea...! ¿Qué significa esto? —gritó una voz desde la entrada

a la sala—. ¡Señorita Harris...!

Un individuo surgió en el salón. Avanzando a grandes zancadas por el pasillo central. En dirección a Ronny Freeman y Pamela Harris. El rostro del individuo marcadamente irritado.

—Señor Nicholson...

Pamela fue bruscamente interrumpida por el recién llegado.

—Si le ordené quedar aquí esperando fue precisamente para que cuidara de la exposición. ¡Nadie puede tocar nada!

—Es que...

Marty Nicholson dio despectivamente la espalda a la muchacha para fijar su mirada en Freeman. Este aún sostenía en la palma de la mano los dos ojos de cristal.

—¡Le exijo una explicación! ¿Por qué ha arrancado los ojos a la momia?

Freeman sonrió.

—Estaban flojos. Mi nombre es Ronny Freeman, detective del Cheraw Hotel. El Simposium del Horror se inaugura mañana y quise comprobar que la Sala del Terror, la de mayor impacto, estaba en condiciones. Si alguien hubiera tocado a la momia, los ojos se soltarían con gran susto para la concurrencia.

—No le creo una sola palabra. Esa momia la he construido yo con mis propias manos. ¡Y los ojos no estaban flojos!

—Asegúrese bien de ellos —replicó Freeman, depositando las dos esferas de cristal sobre el pedestal donde se alzaba la momia—. No quiero escenas de histeria en el público.

—¡Eh, un momento...! ¿En verdad es el detective del hotel?

—Correcto.

—Eche un vistazo a esto.

Marty Nicholson había bordeado el pedestal de la momia y avanzado hacia la galería de los monstruos del crimen.

Se detuvo frente a una de las figuras.

Representaba a un individuo de feroz rostro. El artista creador había logrado dar una satánica expresión a aquellas facciones. Aparecía semiencorvado. Con los brazos arqueados hacia adelante. Los dedos engarfiados.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó Nicholson—. Gilbert Kellog, el leñador de Blissburg. El sólito descuartizó a golpes de hacha a más de veinte personas. El hacha de Kellog es famosa en los anales del crimen. ¿Dónde está?

—¿Olvidada encima del piano?

Nicholson empequeñeció los ojos.

Frisaba en los cincuenta años de edad. Tal vez fuera por su profesión, especialista en decorados y efectos de terror, su sentido del humor era prácticamente nulo.

—No estoy bromeando, Freeman. Esta mañana, cuando supervisé la Sala del Terror, el hacha estaba en las manos de Kellog. ¡Y ahora no aparece por ningún lado! ¡Nadie la ha visto!

—¿Quiere que la busque?

—¡Sí, maldita sea! ¡Y que aparezca antes de la inauguración de mañana!

—Debe estar aquí, Nicholson. No se altere. Tal vez alguno de los montadores se equivocó y entregó el hacha a un estrangulador. Le ayudaré a buscar por aquí y de seguro...

—¡No toque nada de esto! Estas figuras son muy delicadas y valiosas. Yo buscaré por aquí. Usted interrogue al personal con acceso a las llaves del hotel. Puede que algún empleado tomara el duplicado, entrara aquí y...

—Enamorarse del hacha.

Marty Nicholson volvió a crispar sus facciones.

Consciente de la burla de Freeman.

—Lárguese, Freeman. No le necesito. Y usted, señorita Harris. ¡Fuera de mi sala!

Ronny Freeman no se hizo repetir la orden. Giró sobre sus talones tomando del brazo a la muchacha.

Abandonaron la sala.

—Has hecho mal en burlarte así, Ronny —murmuró Pamela.

—Ese fulano está loco.

—No, Ronny. Es un entusiasta de su profesión. Un artista. El mejor. Los efectos especiales de «Fuego del Averno» son lo mejor de film. Lo más aterrador y espectacular de la película. Aún más que el argumento.

Freeman se encogió de hombros.

—No pienso mover un solo dedo en la búsqueda de esa desaparecida hacha.

No iba a ser necesario buscarla.

Pronto aparecería.

Bañada de sangre.

CAPITULO IV

El tintinear hizo respingar a Marty Nicholson que giró con rapidez. A tiempo de ver como la bola de cristal iba saltando por el suelo.

—Maldita sea…

Nicholson acudió presuroso para evitar que la esfera se perdiera por entre aquel laberinto de figuras y objetos.

La atrapó para seguidamente soplar sobre el ojo de cristal. Lo frotó sobre la solapa de la chaqueta y de nuevo dedicó una maldición a Ronny Freeman.

Marty Nicholson se dirigió hacia el pedestal donde se alzaba la figura de la momia. Allí estaba el otro ojo. Entre los pies de la momia. Entre aquellos amarillentos y mohosos vendajes.

Nicholson tomó las dos esferas de cristal y las apoyó sobre el pie izquierdo de la momia. Protegiéndolas de una posible caída.

—Tranquila, amiguita —sonrió Nicholson—. Dentro de unos minutos te colocaré…

Se interrumpió.

Con la mirada fija en la momia.

En las vacías cuencas de aquel rostro oculto por los vendajes.

Marty Nicholson retrocedió unos pasos. Tenía la impresión de que la cabeza de la momia estaba inclinada. La examinó detenidamente.

Sí.

Estaba inclinada. Levemente. Como si desde aquel pedestal contemplara cada uno de los movimientos de Nicholson. Con la cabeza inclinada. Siguiendo sus pasos.

Un soez repertorio de epítetos brotó de Nicholson. Nuevamente en recuerdo de Freeman. El hombre que, al manipular en los ojos de la momia, había hecho inclinar la cabeza de la figura. De eso estaba seguro Nicholson. El mismo había acoplado los ojos de cristal a la momia. Y jamás se hubieran caído de no ser deliberadamente arrancados.

Marty Nicholson dirigió sus pasos hacia la galería de los monstruos del crimen. De no encontrar el hacha, haría retirar la figura de Kellog. Era impensable el que posara sin el arma que le había hecho terroríficamente popular. Tampoco había tiempo de construir otra. Nicholson era muy meticuloso. Había hecho reproducir fielmente el hacha de Kellog. Un hacha escocesa. Pesada. Con hoja de media luna y con punzante garfio en el otro lado.

Recorrió uno a uno los personajes de la galería.

Pasó de nuevo al pasillo central de la espaciosa sala.

No se percató.

Imposible reparar en el leve movimiento de la momia.

Sí.

Se estaba moviendo.

El pie izquierdo. Imperceptiblemente. Deslizándolo. Sin levantarlo del pedestal. Girando con espeluznante lentitud. Como si volviera pausadamente a la vida. Empujó las dos esferas de cristal haciéndolas rodar y caer del podio.

Del sonido sí se percató Nicholson.

—¡Por todos los diablos...!

Marty Nicholson corrió por el pasillo. Los dos ojos de cristal desaparecieron tras unas vitrinas. Rebotando por el suelo.

Consiguió recuperar una de las esferas.

—¡Lo que faltaba...! ¡Maldita sea...! Si no encuentro la...

Nicholson había retornado al pasillo central. Pudo contemplar a la momia.

Estaba alzando los brazos. Rígidos. El brazo derecho ya formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados. También el izquierdo. Algunos vendajes desgarrados quedaron colgando de las muñecas. Vendajes atezados y enmohecidos.

Marty Nicholson quedó paralizado.

Estupefacto.

No era miedo lo que reflejaba su rostro, sino sorpresa. Estupor. Reaccionó sacudiendo la cabeza. Todas aquellas figuras habían sido diseñadas por él. Ayudado por su equipo de colaboradores. Algunas de aquellas figuras, Frankenstein, Drácula y otras, habían sido dotadas de movimiento. Un mecanismo que, en el caso de Frankenstein, le hacía alzar los brazos en su ya clásica posición. Drácula abría la boca y dejaba asomar sus ensangrentados colmillos...

¿La momia... ?

No.

La momia no había sido dotada de mecanismo alguno.

Ahora fue el sonido. Un ronco jadear. El vendaje de aquel rostro comenzó a palpitar. Estaba boqueando. La momia boqueaba como faltada de respiración.

El miedo sí alcanzó ahora a Marty Nicholson.

Parpadeó incrédulo.

—No... , no es posible...

Los movimientos de la fantasmal figura habían dejado de ser lentos, aunque continuaban torpes. Como los de un autómata. Hizo ademán de descender del pedestal. Sin dejar de emitir aquellos guturales y roncos sonidos. Los enmohecidos vendajes parecían rasgarse por todas partes. Colgando a jirones por la monstruosa figura.

—¿Quién...? ¿Quién eres? —murmuró Nicholson, con gran esfuerzo—. Se trata de una broma, ¿verdad? Eres..., eres Berni...

La momia ya había descendido del podio.

No respondió a la trémula voz de Nicholson.

Avanzó hacia él.

De nuevo con los brazos extendidos. Los dedos separados. Rígidos. Envueltos en sucios vendajes. Las vacías cuencas...

Los oscuros orificios de aquel vendado rostro parecían fijos en Nicholson. Como si pudieran ver. Como si siguieran cada uno de los movimientos de Nicholson. La parte del vendaje en boca y nariz agitándose convulsiva.

Un fétido hedor brotaba de la figura. Aquello sí era obra de Marty Nicholson. Había impregnado los vendajes en una nauseabunda loción para lograr un mayor impacto en el público; pero ahora, con el movimiento de la momia, el olor era repulsivo.

Estaba a menos de tres yardas de Marty Nicholson.

Los guturales estertores en aumento.

Infrahumanos.

Marty Nicholson desorbitó los ojos desencajando su rostro en una indescriptible mueca.

—Tú... tú no eres...

La mano izquierda de la momia ya casi rozaba a Nicholson. Eso le hizo reaccionar. Corrió por el pasillo hacia la puerta de salida. Con nerviosas manos tiró del pomo. La hoja de madera no cedió. La puerta estaba cerrada con llave.

—¡Abran..i ¡Abran la puerta...!

Nicholson comenzó a golpear la puerta. Sus golpes eran ahogados por el grueso acolchado que protegía la madera. Aquella sala, destinada habitualmente a conferencias y proyecciones, era insonorizada.

Marty Nicholson giró su crispado y sudoroso rostro.

No vio a la momia.

Había desaparecido.

Ya no estaba en el pasillo central.

Los aterrados ojos de Nicholson miraron con rapidez a izquierda y derecha. Sin descubrir a la fantasmagórica figura.

Marty Nicholson recordó la puerta de emergencia. Al otro lado. Al fondo de la longitudinal sala. Tal vez no estuviera cerrada con llave.

Emprendió veloz carrera. Ya no por el pasillo central, sino por uno de los corredores paralelos. Fue al llegar a la galería dedicada a las fieras. Allí flaquearon sus rodillas y trastabilló perdiendo el equilibrio. Se incorporó con rapidez apoyándose en el pedestal donde se alzaba representando el perro de Baskersville. Una terrorífica figura disecada, creación de Nicholson y su equipo. La ferocidad del perro era

escalofriante. Muy bien realizada. Los colmillos, los ojos… Todo muy real. Parecía como si la sanguinaria fiera fuera a saltar de un momento a otro.

No fue aquella figura lo que horrorizó a Nicholson.

La momia surgió fantasmal de entre las figuras de la galería. Como una bestia infrahumana más.

Y entre sus vendadas manos…

El hacha de Kellog, el leñador de Blissburg.

—No… ¡NO…! ¡NO…!

Los brazos de la momia se alzaron. Por encima de su cabeza. Sosteniendo la pesada hoja por el largo mango. Descendió con rapidez. Con siniestro silbar.

Marty Nicholson quiso retroceder.

Evitar el mortífero golpe.

No lo consiguió del todo, aunque sí esquivó el brutal tajo dirigido a su cabeza. Lo recibió en el hombro izquierdo. Un salvaje corte que le hizo aullar de dolor y caer al suelo.

Nicholson dejó de gritar. Incluso se olvidó del dolor que le atenazaba. Y de la sangre que manaba abundante de la herida.

Todo aquello quedó olvidado ante el contacto con la monstruosa figura. La momia se había abalanzado sobre Nicholson. A horcajadas. Una mano de mohoso vendaje se había posado sobre el cuello de Nicholson. Inmovilizándole la cabeza contra el suelo.

La distancia era muy corta.

Marty Nicholson pudo contemplar las vacías cuencas. El agitar del vendaje que cubría el rostro de la momia. El palpitar en las zonas de la nariz y boca. De las vacías cuencas, en el fondo de aquellos dos orificios del vendaje, parecía surgir el destello del Averno.

La mano izquierda que le atenazaba el cuello comenzó a teñirse de rojo. La abundante sangre de la herida se extendió hacia los enmohecidos vendajes. Los alucinados ojos de Nicholson contemplaron cómo la ensangrentada hoja del hacha se alzaba de nuevo.

—No…, no…

La única respuesta a la súplica de Nicholson fue una risa. Una carcajada ronca y gutural que brotó tras el vendaje de la momia.

La hoja descendió con fuerza.

Brutal.

Sobre el rostro desencajado de Marty Nicholson.

CAPITULO V

Los carnosos labios de Pamela esbozaron una sonrisa.

—Mañana aceptaré esa copa, Ronny. Te estoy muy agradecida por el favor.

—¿Por qué no ahora? ¿Temes que me convierta en hombre lobo?

Pamela rió en cantarina carcajada.

—¿Sabes una cosa, Ronny? Sospecho que eres más peligroso que el mismísimo hombre lobo. Mañana aceptaré tu invitación, ¿de acuerdo? Ahora aún tengo que ordenar y clasificar infinidad de folletos del Simposium del Horror que serán repartidos en la inauguración de mañana.

—¿Clasificarlos en tu habitación?

—Eso es.

—Te ayudaré.

—Cuento con la ayuda de mis cuatro compañeras, Ronny. Las cinco azafatas compartimos dos habitaciones contiguas.

Freeman ahogó un suspiro.

—Me rindo. Cinco ya es un número muy elevado para mí.

—¡Hasta mañana, Ronny! —rió Pamela, abandonando el salón.

Ronny Freeman quedó en el mostrador. En su diestra un gin-tonic. Saltó del taburete avanzando hacia la puerta vidriera que comunicaba con las terrazas del Cheraw Hotel. Desde allí era visible la sinuosa piscina y las mesas del jardín. Algunos clientes se bañaban bajo la luz de la luna. Con la voz de Sinatra por el hilo musical.

—Hola, Ronny.

Freeman ladeó la cabeza.

Arqueó las cejas al contemplar a la mujer que se había situado a su derecha. De unos veintiocho años de edad. Cabello lacio sobre el rostro de serena belleza. Con un cierto halo de melancolía. Desmentido por una vestimenta marcadamente alegre y juvenil.

Cuerpo de pronunciadas curvas. Muy bien proporcionado. Un bolso colgaba de su hombro izquierdo. Junto con una máquina fotográfica.

—¿Nos conocemos...? No, no nos conocemos —dijo Freeman—. No te hubiera olvidado. ¿Quién eres?

La mujer sonrió.

—Cynthia Vaughn. Ciertamente, no me conoces. Yo, sí a ti. Hace tres años. En Chicago. Era uno más de los periodistas que cubrían información en el caso Bradenton.

El rostro de Ronny Freeman se ensombreció, aunque mantuvo una forzada sonrisa en los labios. Tampoco eclipsó el sempiterno brillo burlón de sus ojos.

—Tiempos felices aquéllos.

—Oh, sí... Un vulgar detective privado llamado Freeman acusando al senador Bradenton de corrupción y sobornos.

—Era como un niño.

La mujer amplió la sonrisa. Consciente del sarcasmo de Freeman.

—Se cometió una injusticia contigo, Ronny. Así lo hacía constar yo en mis artículos, pero jamás salieron a la luz. También yo era como una niña. Abandoné Chicago. Al igual que tú. Ahora trabajo para la Cross Press de California. Ya no en asuntos mafiosos, crímenes, robos... Ahora cubro la información del mundo del cinema, espectáculos, alta sociedad... La crónica negra por la rosa.

—Te felicito.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú?

—También he prosperado cantidad. Ahora soy detective de hotel en la cadena de Steven Greene. Me han destinado al Cheraw durante el Simposium del Horror. Debo evitar que Drácula chupe la sangre de los clientes.

Cynthia rió divertida.

—También yo estoy aquí por el Simposium del Horror. Puede ser un buen filón de noticias. Tenía programada una entrevista con la gran Leila Maybell para los... Mira. Ahí la tenemos. ¡La diosa de fuego de Hollywood!

Se había originado un pequeño revuelo entre los clientes de la piscina.

Muy lógico.

Leila Maybell era todo un espectáculo.

Una mujer exuberante. Sensual. Lucía un maillot en nylon transparente sujeto al cuello y cintura. Los laterales al descubierto. Dejaba muy poco para la imaginación. Cada paso, cada movimiento, acompañado por provocativo bambolear de los opulentos senos.

Al lado de Leila Maybell, un individuo bajito, cuellicorto, de negra y elegante vestimenta. Cejas muy pobladas sobre unos ojos de búho. Piel blanquecina. El hombre babeaba junto a la diosa.

—¿Quién es el fulano? —preguntó Freeman.

—Guy Crothers. El de la editorial.

—La bella y la bestia. Un buen reportaje, ¿no?

—Yo ya he terminado con Leila Maybell —respondió Cynthia—. Cometí un pequeño error. Estaba realizando una entrevista a la gran Leila Maybell y se me ocurrió comentarle sus inicios como... actriz. En dos pequeños cortometrajes. «La chica del burdel» y «Fellatio». Dos films de porno puro. Leila Maybell me arrojó de su suite.

—Eres muy poco diplomática, Cynthia.

La joven se encogió de hombros.

—No he perdido gran cosa. Leila Maybell es basura. Guy Crothers un bastardo. Y el Simposium del Horror un gran estercolero.

—¿Y qué opinará la Cross Press?

—Tendrá su reportaje. El público gusta de ver a los ídolos salpicados de barro. La Cross Press es una agencia sensacionalista. Otro estercolero más.

—Necesitas un trago, Cynthia.

—Sí, es posible.

—En mi habitación tengo una botella de whisky. Para casos de emergencia. ¿Nos la ventilamos?

—Una magnífica idea, Ronny.

La habitación de Freeman no se emplazaba en la zona destinada al personal del hotel. Ocupaba plaza como un cliente más. En el Mirrors Hotel sí tenía habitación en el bloque del personal; pero dado que su estancia en el Cheraw Hotel iba a ser breve, se le había designado una habitación. La número 207. Por supuesto no de las mejores, aunque sí, como todas las del hotel, dotada de baño privado, bar y televisión.

Penetraron en la estancia.

—Es triste, ¿verdad, Ronny?

Freeman ya se había encaminado hacia el carro-bar.

—¿A qué te refieres?

—Tu trabajo. El mío... Es triste hacer algo que no nos agrada. Yo siento náuseas al escribir sobre la alta sociedad y el hipócrita mundo del espectáculo. Tú estás desfasado como detective de hotel. No es lo tuyo. El hombre que se enfrentó al senador Bradenton no puede estar como vulgar detective de hotel.

Freeman terminó de preparar los combinados.

Se aproximó a la muchacha portando los dos vasos.

—Aquí tienes, Cynthia. Un quitapenas a base de vermut seco, brandy y ginebra.

—¿No respondes a mi comentario?

—El detective que se enfrentó al senador Bradenton era un perfecto idiota. Un novato. Un soñador que quería cambiar el mundo y combatir la corrupción en las altas esferas. Freeman, el idiota, ya no existe.

—Nació Freeman el cínico.

—Ahá.

—De acuerdo, Ronny. Brindemos por él.

Ronny Freeman bebió un pequeño sorbo. Depositó su vaso sobre la mesa que adornaba uno de los rincones de la habitación. Junto al carro-bar. Arrebató el vaso a Cynthia para seguidamente abarcarla por la cintura. La atrajo contra sí, besándola en la boca.

—Ronny...

—¿Sí?

—Eres un gran tipo. Después de la traición de Gladys Glens, es sorprendente que sigas besando a una mujer.

Freeman empequeñeció los ojos. Por primera vez dejaron de ser burlones para adquirir un extraño brillo. Muy poco tranquilizador. Las facciones de su rostro se endurecieron.

Cynthia se percató de ello.

—Perdona, yo...

—Tranquila, Cynthia. No voy a estrangularte. Ya he superado el trauma. He olvidado a.... a Gladys Glens. Y no me gusta remover el pasado. En Chicago aprendí a no confiar en las mujeres, pero me siguen entusiasmando. Te lo demostraré.

Freeman volvió a besar los labios femeninos. Ávidamente. Casi con brutalidad. Al igual que sus caricias. Rudas. Haciendo gemir a Cynthia. La arrastró hacia el lecho, empujándola con nula delicadeza.

Cynthia quiso protestar, pero sus labios fueron nuevamente sellados. Freeman se había abalanzado sobre la muchacha. Su diestra estrujó una y otra vez los senos de Cynthia, mientras que la mano izquierda iniciaba una audaz caricia bajo la falda del vestido.

Unos súbitos golpes a la puerta hicieron respingar a Freeman.

Se escuchó una voz.

—¡Ronny...! ¿Estás ahí, Ronny...? ¡Soy Dabney!

—¡Vete al diablo! —respondió Freeman, sin hacer ademán de incorporarse del lecho.

—¡Abre, Ronny...! ¡Ha ocurrido algo horrible! —exclamó la voz a través de la puerta— . ¡Un asesinato...! ¡La policía está al llegar!

Freeman sí abandonó ahora el lecho, acudiendo hacia la puerta. Giró la llave abriendo la hoja de madera.

No se trataba de una broma.

La cadavérica palidez de Dabney McKeon delataba que algo grave

había acontecido en el hotel.

—El… el señor Nicholson —tartamudeó el jefe de recepcionistas—. Muerto… , lo han descuartizado… En la Sala del Terror… Yo…, yo lo he visto y… y…

McKeon se interrumpió.

Comenzó a vomitar apoyando la cabeza en el quicio de la puerta.

Ronny Freeman le empujó, avanzando a grandes zancadas hacia la escalera. Descendió al piso inferior. La primera planta del Cheraw Hotel. Allí encontró al gerente del hotel. Junto a la puerta de entrada a la Sala del Terror. Acompañado de uno de los empleados del establecimiento. Ambos con el rostro demudado.

—Freeman…, es espantoso… jamás…

Ronny Freeman dejó al gerente del hotel con la palabra en la boca. Se adentró en la Sala del Terror. Instintivamente se detuvo. A los pocos pasos. Cuando descubrió a Marty Nicholson.

Lo que quedaba de él.

Marty Nicholson yacía en uno de los pasillos de la izquierda. Junto a la galería de las fieras. Entre los pedestales de King Kong y el perro de Baskerville.

El rostro de Nicholson irreconocible. Desfigurado a golpes de hacha. La cabeza cercenada. Apenas unida al tronco. El traje se confundía con los ensangrentados jirones de piel arrancados de su cuerpo. Bañado en sangre. El tórax destrozado. Como si el asesino hubiera querido partirle en dos a Nicholson.

El arma homicida clavada en Nicholson. Hundida en el estómago. Semioculta entre sanguinolentas vísceras que asomaban en espeluznante espectáculo.

Ronny Freeman se había ido aproximando con lentitud.

Aturdido por la escena.

Sí.

Dabney McKeon tenía razonados motivos para vomitar.

Un fugaz destello hizo girar a Freeman. Descubrió a Cynthia.

Disparando su cámara de fotografiar una y otra vez.

—Fue un error que dejaras tu sección de crónica negra, Cynthia —dijo Freeman, fríamente—. Tienes madera… y estómago.

—Soy periodista, Ronny.

—Ya es suficiente, Cynthia. Y te aconsejo salgas de aquí. La policía ya ha sido avisada. Pueden confiscarte la cámara.

Cynthia, que hasta entonces había contemplado el cadáver a través del objetivo, palideció. Su voz fue un tenue susurro.

—La… la mano derecha…, le han cortado la mano derecha… Su mano derecha ha desaparecido…

Freeman no hizo ningún comentario.

Ni tan siquiera pareció oír la voz de la muchacha.

Su mirada estaba fija en un vacío pedestal. Se aproximó con lentitud. Con un escalofrío recorriendo su espina dorsal.

La momia.

Ya no estaba allí.

La momia había desaparecido.

CAPITULO VI

Guy Crothers esbozó una sonrisa a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Se equivoca, teniente. Nada alterará los planes de mañana. Se procederá a la inauguración del Simposium del Horror. Como si nada hubiera ocurrido. Y de seguro con un mayor éxito de concurrencia. La noticia del asesinato será ya del dominio público. Deduzco que la Sala del Terror quedará precintada por ustedes, pero no importa. El éxito está asegurado. Un asesinato es la mejor publicidad que puede recibir el Simposium del Horror. ¿Me disculpa...? Tengo que efectuar varias llamadas telefónicas.

Guy Crothers se alejó presuroso por el corredor de la primera planta.

Seguido de la mirada del teniente Edward Danson, del Departamento de Homicidios. Contemplar a Guy Crothers, con sus cortas piernas y negro traje, era como ver correr a una cucaracha. Esa fue la impresión de Edward Danson.

El teniente giró para introducirse en un pequeño snack del piso. Allí estaba Ronny Freeman. En una mesa. Compartida con Pamela Harris.

El policía tomó asiento.

—¿Sabes una cosa, Ronny? Te tenía catalogado como el más perfecto de los bastardos; pero acabo de conocer a alguien que te supera. El tal Guy Crothers. Está babeando con los beneficios a obtener del asesinato. Muchas ventas de libros durante el Simposium, más visitantes, más publicidad... Maldito mercanchifle. Pienso dar a la prensa una nota oficial escueta. Sin concesiones a lo macabro.

—No le estropearás el negocio —dijo Freeman, exhalando una bocanada de humo—. Hay fotografías. Espeluznantes fotografías que harán las delicias del público.

—¿Fotografías? ¿Qué diablos... ?

—Una periodista. Entró conmigo en la Sala del Terror. No pude evitar que fotografiara el cadáver.

Edward Danson frisaba en los cincuenta años de edad. Rostro de duras facciones. Enérgicas. Era un veterano. Policía desde los veinticinco años. Acostumbrado a combatir el crimen en todas sus esferas.

Empezó como patrullero en los barrios más duros y conflictivos de Los Angeles. Ahora estaba en el Departamento de Homicidios. En una ciudad donde los asesinatos estaban a la orden del día.

—¿Cuánto te pagó, Ronny? Apuesto que te dejaste sobornar. A cambio de unos miserables dólares has permitido que fotografiara el cadáver.

—Soy incapaz de semejante cosa, Edward. Lo hago gratis.

El teniente endureció aún más sus facciones.

Fijando los ojos en Freeman.

—Este caso se presenta feo. Desagradable. Un crimen monstruoso, pero lo peor de todo es verte por aquí, Ronny. No fue una grata sorpresa. Eres un mal bicho.

—Tranquilo, Edward. Dejaré que descubras tú al asesino.

Edward Danson enrojeció. Iba a responder con un exabrupto, pero se contuvo ante la presencia de Pamela. Desvió la mirada hacia la muchacha. Pálida como la azucena. Con un imperceptible temblor en labios y manos.

—Señorita Harris… Lamento importunarla de nuevo, pero he echado un vistazo a su declaración —dijo el teniente tecleando con la diestra sobre la mesa—. Fue interrogada por uno de mis muchachos. Sin duda en un mal momento. Demasiado impresionada. ¿Se encuentra ahora mejor?

Pamela asintió.

Con débil movimiento de cabeza.

El teniente Danson dedicó una animosa sonrisa a la muchacha.

—Bien. Su declaración es… es confusa, señorita Harris. ¿Por qué menciona la figura de esa momia como algo real?

La respuesta de Pamela fue apenas audible.

—De… desapareció.

—Sí, eso ya lo sabemos. Falta la momia del pedestal. Usted asegura que la momia se movió. ¿Sigue manteniendo esa afirmación?

—Yo… me pareció que la momia movía los ojos… Salí aterrada…

Luego regresé con Ronny... Llegó el señor Nicholson...

—El asesino se llevó a la momia —dijo el teniente—. Sin duda un psicópata. Un loco coleccionista. Una mente enfermiza que se encontró en la exposición como en un paraíso. Dominado por todas aquellas siniestras figuras, por los sanguinarios personajes del mundo del crimen... Y acabó con Nicholson a golpes de hacha.

—Maravillosa hipótesis, Edward.

El teniente dirigió una despectiva mirada a Freeman.

—¿Tienes una mejor, Ronny?

—No, pero al menos sé guardar silencio. Un coleccionista del terror llevándose una momia bajo el brazo. Se trata de una figura de unos dos metros de estatura, Edward. No es sencillo salir del hotel con ella.

—Estamos registrando todas las habitaciones. La figura no ha salido de aquí. Y la encontraremos.

—Hay muy pocos clientes en el hotel —dijo Freeman—. La mayoría de las habitaciones reservadas para mañana. Es mañana cuando llegan los invitados, conferenciantes, artistas... Puedes registrar una a una las habitaciones, pero no encontrarás a la momia. El asesino tampoco se encuentra en el hotel. Tuvo tiempo de largarse. Puede que la momia ocultara algo en su interior. Drogas o algo valioso. El asesino no actuó en solitario. Se llevó a la momia ayudado por un cómplice.

Edward Danson sonrió.

—Tienes mucha imaginación, Ronny.

—Marty Nicholson quedó encerrado en la Sala del Terror. Quiso salir. Escapar de su asesino. Golpeó la puerta una y otra vez. He visto el acolchado de la puerta con leves señales. Las uñas de Nicholson o la cadena de su reloj. Poco importa. Lo cierto es que Nicholson trató de escapar y encontró la puerta cerrada con llave. Y nosotros, Pamela y yo, dejamos la puerta de la Sala del Terror sin cerrar. Con la llave en la cerradura, ¿no es cierto, Pamela?

La muchacha parpadeó.

Levemente.

—Yo... recuerdo haber abierto la puerta..., no volví a tocar la llave...

Quedó en la cerradura. La llave era del señor Nicholson.

—Quedó allí —continuó Freeman—. Y alguien cerró con llave, dejando a Nicholson con su asesino. La salida de emergencia de la Sala del Terror es muy discreta. Pudieron utilizarla sin ser vistos.

Edward Danson se incorporó.

Apretando con fuerza las mandíbulas.

—No, Ronny. Nada de drogas ni tesoros ocultos en el interior de una momia hueca. Un loco. Una mente enfermiza dominada por el escenario… Una mente fruto de Crothers Editor.

—¿Llevándose una momia como souvenir?

—No fue ése su único recuerdo —replicó el teniente de Homicidios—. Está la mano de Nicholson. Su mano derecha. Cercenada. Ni rastro de ella, Ronny. Hemos registrado palmo a palmo esa maldita Sala del Terror. El asesino se llevó la mano derecha de Nicholson. ¿Por qué? ¿También ocultaba droga? Sólo un loco pudo llevar a cabo semejante acción.

Edward Danson giró sobre sus talones abandonando el reducido snack.

Freeman y Pamela quedaron en silencio.

Sin atreverse a despegar los labios.

Fue Ronny Freeman quien, tras encender su enésimo cigarrillo, se aproximó a la muchacha, rodeando protectoramente los hombros femeninos.

—Pronto amanecerá, Pamela. Ha sido una noche muy… agitada. Vete a dormir. Nada ha variado para Guy Crothers. El Simposium del Horror se abrirá mañana al público. Necesitas descansar.

—Dudo que pueda pegar ojo.

—Un par de tranquilizantes te permitirán dormir.

—Ronny…

—¿Sí?

Las bellas facciones de Pamela se tornaron aún más pálidas. Sus trémulos labios balbucearon antes de decidirse a hablar.

—Yo…, yo tengo otra hipótesis.

—¿De veras? Adelante, Pamela. ¿Qué opinas tú?

—La momia.

—¿La momia? ¿Qué quieres decir?

—La momia de Shoram, hijo del dios Krairon. Dios de la muerte y la venganza. Un rey-dios de la mitología egipcia. De la XVIII Dinastía. Un rey maldito y sanguinario. Y aún más cruel su hijo, el príncipe Shoram. La momia de Shoram. Así reza en el catálogo de la exposición.

—¡Eh, un momento! —sonrió Freeman—. Esa momia fue una creación de Marty Nicholson. Y le dio un nombre. La hizo figurar como la momia de ese tal Shoram.

—Sí.

—Entonces no existe tal momia. Sólo una representación. Una vulgar figura realizada por Nicholson y su equipo de colaboradores.

—Está el espíritu, Ronny. El espíritu de Shoram, príncipe del Mal. Según la leyenda, el espíritu de Shoram jamás encontraría un segundo de paz. Vagaría por la tierra durante toda la eternidad. Sin reposo. Propagando la muerte, la violencia, la destrucción…

—Tonterías.

—Fue la momia, Ronny. El espíritu de Shoram se reencarnó en esa figura creada por el señor Nicholson. Tú la profanaste al arrancarle los ojos. Y la momia volvió a la vida aniquilando a Marty Nicholson.

—¿Esa es tu hipótesis?

—No te burles, Ronny —murmuró Pamela, con voz temblorosa—. Shoram es vengador, cruel, sanguinario… Tal vez quiera vengarse de ti. Tú profanaste su morada. Tú puedes ser su segunda víctima.

CAPITULO VII

Margaret Clovis entreabrió los ojos. Muy levemente. La claridad de un nuevo día inundaba luminosamente la habitación. Giró en el lecho, abrazándose a la almohada y cerrando los ojos.

Estaba cansada. El día anterior había sido agotador. Supervisar dos originales a publicar por Crothers Editor y leer las obras presentadas al III Crothers Terror. Al final se le había amontonado el trabajo. Todavía le quedaban ocho obras por leer. Y el fallo sería dentro de unos días.

Todo un día leyendo espeluznantes historias de muertos, fantasmas, sangre, violencia...

Margaret estaba acostumbrada a ello.

Llevaba con Crothers Editor mucho tiempo. Desde sus inicios. Margaret Clovis era la responsable del departamento de asesoría literaria de la editorial. Licenciada en Letras. Con un brillante historial en su carrera universitaria. Con diplomas y honores. Y había terminado supervisando novelas de terror.

Margaret, a sus cuarenta y ocho años de edad, ya había perdido toda esperanza en el futuro. En todos los sentidos. Tampoco tenía ilusiones. Ella, que en su juventud soñó con escribir románticas historias de amor, desayunaba y cenaba con macabros relatos de terror. También había dejado de esperar a su príncipe azul. Ya no llegaría jamás.

Margaret nunca fue de físico agraciado. Su rostro no era atractivo. Tampoco su cuerpo. Ni en los años de estudiante. Era desgarbada. De busto casi inexistente. Caderas poco pronunciadas. Su carácter se fue avinagrando con el paso de los años. Con la prolongada ausencia de un príncipe azul soñado. Con el fracaso de sus relatos románticos nunca publicados.

Ahora, cercana ya la frontera de los cincuenta años, era una mujer solitaria y amargada. De rostro enjuto. Con la piel materialmente pegada a los huesos. Los ojos saltones. La nariz afilada.

En las novelas de Crothers Editor, al describir a una bruja, parecía estar señalando a Margaret Clovis.

Y Margaret terminó por identificarse con una bruja. Muchas de sus amistades tenían aquella sospecha. Incrementada por el trabajo

desempeñado por Margaret. La asesoría literaria en una editorial especializada en el género de terror. Crothers Editor. Una editorial catalogada ya como maldita. La publicación de determinados libros prohibidos le había hecho recibir anónimos amenazadores de sectas satánicas y de fanáticos religiosos.

—Margaret...

Fue un susurro.

Muy lejano.

Como procedente del más profundo y tenebroso de los pozos.

Margaret entreabrió los ojos. Parpadeó repetidamente. En un vano intento por disipar su somnolencia.

Le pareció...

Sí.

Fue como si alguien, una voz lastimera y lejana, la llamara por su nombre.

Los saltones ojos de Margaret trazaron una semicircular mirada por la habitación. Por aquel mobiliario severo. De tonos oscuros. Acorde con el avinagrado carácter de la propietaria. Margaret se había aislado. Crothers Editor pagaba bien. Lo suficiente para haber adquirido aquel bungalow en Elcar Boulevard. Una zona residencial de reciente construcción.

Tranquila y con pocos vecinos.

Margaret volvió a cerrar los ojos, ladeándose en el lecho. No pensaba levantarse antes de las doce. Estaba cansada y...

—Margaret...

La mujer respingó sentándose en el lecho.

No estaba soñando.

Alguien pronunciaba su nombre. En aquella habitación. Una voz lúgubre y marcadamente lastimera. Como la de un alma en pena demandando auxilio.

Ni por un instante el miedo se apoderó de Margaret. Ni tan siquiera

pasó por su imaginación el atemorizarse. Saltó del lecho encaminándose hacia la puerta. Con decisión. Una reacción muy diferente a la de cualquiera de las protagonistas de las novelas de terror. Sólo que Margaret no era la protagonista. Ella hacía el papel de bruja. Su mente, en el ejercicio de leer los más espeluznantes y aterradores engendros, se había acostumbrado ya a todo.

Fantasmas, muertos vivientes, espíritus infernales, voces susurrantes, monstruos... Cantos de sirenas para Margaret.

Abandonó la habitación recorriendo el pasillo que conducía al living de entrada. Todo parecía estar en orden. Dirigió una mirada al salón y a las otras dos habitaciones. Incluida la cocina.

No había nadie.

Margaret sacudió vigorosamente la cabeza. La voz le había parecido muy real. Perfectamente audible. Sin embargo...

Imaginaciones suyas.

Una resaca. Un empacho. Demasiadas novelas de terror asimiladas en el día anterior. De ahí su aturdimiento, falta de reflejos y ridículas imaginaciones. No escuchó ninguna voz. No había nadie en el bungalow.

Retornó al dormitorio.

Se encaminó hacia el ventanal con intención de correr la cortina y dejar la habitación en penumbras.

Quedó inmóvil.

A mitad del camino.

Con la mirada fija en el suelo. En unos rojizos círculos. Pequeños. Unas manchas bermejas. Próximas a la mesa de noche.

Margaret se inclinó.

El dedo índice de su diestra se deslizó por una de aquellas manchas. Una gota. Húmeda. Viscosa...

Sangre.

Era sangre.

Margaret se examinó las manos. Se palpó la nariz y los labios. Puede que hubiera sufrido algún corte, una pequeña herida...

Los ojos de la mujer quedaron ahora fijos en la mesa de noche. Allí, sobre el mueble, también una pequeña mancha rojiza. Casi sobre el tirador del primer cajón.

Margaret abrió el cajón.

Una mueca de horror desencajó las facciones de la mujer. Retrocedió. Casi en un salto. Llevando ambas manos a la garganta y controlando el grito que pugnaba por brotar.

Con estupefactos ojos contempló aquello.

En el interior de la mesa de noche.

Una mano.

Una mano cercenada. Sanguinolenta. De rígidos dedos.

Margaret reaccionó. Y no como una mujer aterrada. En su rostro una mueca de ira. Había sido objeto de una broma macabra. De una burla de mal gusto. Atrapó aquella cercenada mano y...

Fue como, si quemara.

Margaret la soltó instintivamente. De nuevo retrocedió. Alucinada. Contempló sus manos manchadas de sangre para luego desviar la mirada hacia la cercenada mano que ahora colgaba casi fuera del cajón. Goteando por el sanguinolento muñón.

Fue como tocar un trozo de hielo.

No era un trucaje.

Se trataba de una mano humana.

Margaret se precipitó hacia el teléfono depositado sobre la mesa de noche. Sin apartar la mirada de aquel espeluznante hallazgo. Tecleó una y otra vez sobre el soporte del micro. Debía comunicar con la policía y denunciar aquello.

No recibió señal alguna.

El teléfono estaba averiado.

Margaret acudió al contiguo cuarto de baño. No quería dejarse dominar por el miedo. No era fácil atemorizar a una mujer como Margaret, sin embargo, no pensaba permanecer en el bungalow. No con aquello. Saldría de allí para denunciar lo ocurrido.

Abrió el grifo del lavabo humedeciendo el rostro.

Tomó el cepillo del pelo. Fue al alzar la mirada y reflejarse en el espejo.

Fue entonces cuando vio cómo la puerta del cuarto de baño se iba cerrando lentamente. Muy lentamente.

Margaret giró.

La puerta se había cerrado por completo.

Y el pomo. El pomo de la puerta se estaba moviendo. Girando hacia la izquierda. Inmovilizando así el cierre.

—¿Quién está ahí…? ¿Quién es…?

Una risa.

Una ahogada risa fue la única respuesta a la angustiosa pregunta de Margaret. Esta intentó girar el pomo y abrir la puerta, pero no lo consiguió. Había quedado encerrada en el cuarto de baño. Alguien, tras la puerta, retenía el pomo.

Margaret no se percató de lo que ocurría a su espalda.

Una mano blanquecina, casi nívea, había asomado junto a la cortina de la bañera. Una mano que comenzó a deslizar el cortinaje.

El leve sonido de las anillas hizo girar a Margaret. Sus saltones ojos casi quedaron fuera de las órbitas. Las facciones desencajadas. Paralizada por el terror. Boqueó una y otra vez. Incapaz de articular palabra.

Y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Una fantasmal figura se había abalanzado sobre ella.

Una cuerda se ciñó al delgado cuello de Margaret. Con fuerza. Brutalmente.

Los ojos de Margaret se tornaron vidriosos. Abrió desmesuradamente la boca, faltada de respiración. Sus piernas flaquearon. Próxima a

perder el conocimiento, la cuerda dejó de presionar sobre su cuello. Muy brevemente.

Margaret fue empujada al interior de la bañera. Con nublados ojos, casi en sombras, contempló la soga. Pendiente de la ducha. Y de nuevo la cuerda volvió a ceñir el cuello de la mujer.

—No..., no...

—¿Por qué no, Margaret? —dijo una gutural voz—. Vas a reunirte con los tuyos. Todos te esperan en el infierno.

Los aterrados ojos de Margaret contemplaron a su atacante.

Una fantasmagórica figura envuelta en túnica blanca. Con una capucha. Como un miembro del Ku Klux Klan. Con unos demoníacos ojos centelleando bajo la siniestra capucha.

—¿Por qué...? ¿Quién eres?

—Me envía Satán. Te echan de menos en el infierno, Margaret.

—No... ¡No...!

La cuerda se tensó. Obligando a Margaret a permanecer rígida. De pie en la bañera. Un leve movimiento, un resbalar, y la soga que ceñía su cuello haría el resto. El otro extremo de la cuerda había quedado fijo al grifo del lavabo.

—Bien, Margaret. Ahora tu mano. Tu mano derecha.

Margaret no respondió. No podía hacerlo. La cuerda le atenazaba en demasía. Pugnó por librarse de la soga, pero cada movimiento le presionaba más y más.

Agrandó los ojos.

Su fantasmal atacante estaba manipulando en una pequeña sierra eléctrica portátil. Inalámbrica. La dentada hoja comenzó a vibrar con rapidez.

—Tu mano, Margaret.

Margaret porfió. Sus rodillas se doblaron. Y entonces quedó colgando de la cuerda. Comenzó a bracear desesperadamente. No pudo evitar que su mano derecha fuera atenazada por su fantasmal atacante.

Y Margaret, con el rostro deformado por indescriptible mueca, contempló cómo la cortante hoja de la sierra se aproximaba a su muñeca derecha.

Fue una visión ya borrosa.

La cuerda que ceñía su cuello le cortaba la respiración y envolvía en oscuras tinieblas. Quiso gritar al sentir la hoja dentada. Fue sólo un estertor lo que brotó de la garganta de Margaret.

Un agónico estertor que se confundió con la satánica carcajada del encapuchado.

CAPITULO VIII

Ronny Freeman estaba en una de las terrazas del Cheraw Hotel. Bajo la sombra del amplio porche. En la mesa un «Manhattan» a medio consumir. Desde allí era visible parte del parking exterior. Casi al completo. Vehículos y más vehículos. Durante toda la mañana.

Ya con la hora del almuerzo había cesado un poco aquella riada humana; pero los visitantes continuaban. La noticia del asesinato en el Cheraw Hotel había contribuido al incremento de visitantes. Y también la desaparición de la momia. Los de Crothers Editor se habían encargado de divulgarlo.

De la exposición en la Sala del Terror, la Crothers Editor había publicado unas fotografías de las figuras más representativas con una especie de biografía al dorso. La fotografía de la momia ya se había agotado en las primeras horas. Guy Crothers ya había ordenado imprimir varios miles más.

Sí.

Todo un éxito en la inauguración.

Guy Crothers radiante de felicidad. Como un niño con zapatos nuevos. Al igual que Berni Kasdan, firmando sus engendros a diestro y siniestro. La primera de las conferencias, a cargo de un doctor en demonología, con un lleno a rebosar. El film programado para la tarde había sido sustituido por La momia de Boris Karloff. Guy Crothers quería explotar al máximo el espeluznante asesinato de Marty Nicholson.

Un taxi se detuvo frente a la entrada principal del Cheraw Hotel. Descendió Pamela Harris. Portando un maletín y una voluminosa carpeta. La muchacha vestía el uniforme de azafata del Simposium del Horror.

Ronny Freeman acudió a su encuentro dándole alcance en el hall de recepción.

—Hola, Pamela.

La joven esbozó una sonrisa.

—Buenos días… Ya buenas tardes, Ronny.

—No te he visto en toda la mañana.

Pamela asintió. Con profundo respirar.

—Ni tan siquiera he podido almorzar, Ronny. El teniente Danson me citó para firmar mi declaración en el Departamento de Homicidios. El señor Crothers me ordenó ir a la editorial para recoger...

—¡Señorita Harris! —exclamó una voz desde la entrada a uno de los salones sociales de la planta baja—. ¡Maldita sea...! ¡Llevo esperándola más de dos horas!

—Disculpa, Ronny...

Era Guy Crothers quien se había asomado desde uno de los salones. Continuó vociferando mientras arrebataba a Pamela la carpeta y el maletín.

Ronny Freeman estuvo tentado de aproximarse. Con deseo de soltar un trallazo a la boca de Guy Crothers. Le contuvo la llegada de Edward Danson. El policía descendió de un Pontiac. Acompañado de dos hombres más.

El teniente Danson acudió al mostrador de recepción.

—Localice a Guy Crothers. Quiero hablar urgentemente con él.

—Le encontrará ahí enfrente —señaló el recepcionista—. En el salón.

Edward Danson giró sobre sus talones. Cruzó una mirada con Ronny Freeman, pero no pronunció palabra alguna. Se introdujo en el salón social. A los pocos segundos salió Pamela, que se encaminó hacia los elevadores. Guy Crothers apareció minutos más tarde. Con visible mueca de excitación en el rostro. Se precipitó en el interior de una de las cabinas telefónicas.

Freeman encendió un cigarrillo.

Con indolente caminar, se adentró en el salón social.

Edward Danson estaba acomodado en uno de los taburetes del mostrador. Solo. Con la única compañía de un whisky doble.

—Cuidado con la úlcera, Edward —sonrió Freeman, encaramándose al taburete contiguo—. El médico te prohibió más de una botella al día.

—No estoy de humor, Ronny.

—Lo supongo. Un policía íntegro como tú jamás bebe en horas de servicio. A no ser que esté en dificultades. ¿Necesitas ayuda, Edward?

El policía se atizó un largo trago.

—Oh, no... Todo marcha perfectamente. El arma homicida, el hacha con la que destrozaron a Marty Nicholson, ha identificado al asesino. La momia. Sí, Ronny. La momia. Examinada el arma homicida hemos encontrado restos de moho. Sólo tenemos que localizar a la momia y caso resuelto.

—Te felicito —dijo Freeman, correspondiendo al sarcasmo de su interlocutor.

—También hemos encontrado la mano de Nicholson.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En el domicilio de Margaret Clovis. ¿Sabes quién es?

—Sí. Estoy al corriente de todo lo relacionado con Crothers Editor y su Simposium del Horror. ¿Cómo diablos llegó la mano al domicilio de Margaret Clovis?

—Buena pregunta. Sólo que Margaret Clovis no puede responder a ella. Ya no responde a ninguna pregunta.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Ronny. Muerta. Hace apenas una hora que se descubrió el cadáver. Por la mujer que acudía diariamente a limpiar el bungalow. Encontró a Margaret Clovis colgando de la bañera. Ahorcada.

—¿Suicidio?

Una mueca se reflejó en el rostro de Danson.

—No, Ronny. No fue suicidio. Un suicida no se corta la mano derecha para luego colgarse de una cuerda;

—¿Le... también le...?

—La mano derecha. Al igual que a Nicholson. La mano derecha de Marty Nicholson apareció en un cajón de la mesa de noche. En el dormitorio de Margaret Clovis. Ahora nos falta encontrar la mano de Margaret. Hemos encontrado una y desaparece otra.

Freeman no pronunció comentario alguno.

Impresionado por la declaración del teniente. Este terminó de vaciar el vaso de whisky. Descendió del taburete.

—Nos veremos, Ronny.

—Edward...

—¿Sí?

—Me consta que no te resulto simpático, pero puedes contar conmigo. Te ofrezco mi ayuda desinteresada.

—Gracias, Ronny. Estamos investigando en el círculo de Crothers Editor. Debe ser alguien de ese círculo. Dos víctimas relacionadas con Crothers Editor. Dos muertes espeluznantes. La mano cortada... Alguien trata de sembrar el terror entre especialistas del horror. Divertido, ¿verdad?

—¿Cómo ha reaccionado Guy Crothers?

—La muerte de Margaret Clovis no la ha asimilado tan... deportivamente como la de Nicholson. Un crimen puede dar publicidad. Dos... Guy Crothers empieza a sentir miedo. Le he preguntado por sus enemigos y me ha dicho que me proporcionará una lista. Individuos como Crothers gozan de pocas amistades.

—Puede que tu hipótesis sea la buena, Edward. Un loco. Un fanático del terror, que quiere emular a los más diabólicos criminales.

El policía sacudió la cabeza.

—Ya no sé qué pensar. Estoy a la espera de lo que se consiga en el domicilio de Margaret Clovis. Aquí tenemos las absurdas huellas de una momia. Si esas mismas huellas aparecen en el domicilio de Margaret Clovis, puedo delegar el caso en el mismísimo Satanás.

Edward Danson abandonó el salón a grandes zancadas.

La soledad de Ronny Freeman en el local fue muy breve. A los pocos minutos apareció Dabney McKeon. El jefe de recepcionistas llegó visiblemente nervioso.

—¿Otro muerto?

—¿Cómo...? Oh, no... Uno es suficiente.

—Dos. Ya son dos.

—¿Qué quieres decir, Ronny?

—Ya te enterarás por los periódicos. ¿Ocurre algo?

—Se trata de Berni Kasdan. Algo sucede en su habitación. Se han oído gritos femeninos. Hemos telefoneado, pero no responde. Tengo un duplicado de la habitación. Tal vez sólo sea una de las conquistas de Kasdan.

—¿Conquistas?

—Bueno... Berni Kasdan es ciertamente un poco violento. De ahí que no me atreva a entrar en su habitación. Es mejor que subas tú. De seguro se trata de una de las doncellas del hotel. Ya no hay gritos. Puede que la haya convencido con unos dólares y...

Freeman arrebató bruscamente la llave de manos del jefe de recepcionistas.

—Ronny... ¡Eh, Ronny...! Recuerda que el señor Kasdan es un buen cliente. Procura hacer la vista gorda si...

Freeman ya había abandonado el salón.

Haciendo caso omiso a las recomendaciones de Dabney McKeon.

* * *

Berni Kasdan era un autor de éxito. Un Harold Robbins de lo macabro y terrorífico. Cierto que sus mayores triunfos habían sido plagiados de libros prohibidos y malditos. Obras ocultas y de difícil acceso desempolvadas por Kasdan. Rescatadas a anticuarios. A las sectas satánicas. Pergaminos que muy pocos se hubieran atrevido a leer. El mérito de Berni Kasdan era novelar aquellos relatos. Amenizarlos con añadidos de su propia cosecha. Y en eso, Kasdan era único. Una mente calenturienta. Enfermiza. Parecía disfrutar narrando las más espeluznantes historias de horror. Como inspirado por Satán. Como si hubiera vendido su alma al Averno. Sólo que ni el mismísimo diablo desearía a un individuo como Berni Kasdan en el infierno.

La imagen de Kasdan acorde con su profesión. Un individuo de desagradable aspecto. Rostro mofletudo. Adiposo. Brillante. De sempiterno sudor. Un ser repulsivo y viscoso.

Berni Kasdan tenía ojos de sapo. Y esos ojos de sapo adquirieron un lascivo brillo al abrir la puerta contigua al dormitorio. La que comunicaba con el pequeño salón de la suite.

—Adelante, nena. Perdona que te haya hecho esperar, pero he recibido una visita inesperada.

—Una visita agradable.

Kasdan sonrió.

Su mirada recorrió con insolencia el cuerpo femenino.

—¿Has escuchado la conversación?

—Soy periodista, ¿recuerda? Simple curiosidad. No ha sido una conversación interesante para mí. Sus conquistas amorosas me tienen sin cuidado.

—Cynthia Vaughn, de la Cross Press. Pasa, Cynthia.

—Prefiero hacer la entrevista aquí. En el salón. Estaremos más cómodos. Le estoy muy agradecida por acceder a…

Cynthia enmudeció bruscamente.

Berni Kasdan había alargado su diestra atrapando a la joven por el brazo izquierdo y obligándola a penetrar en la habitación.

—Menos remilgos, nena. En contadas ocasiones pierdo el tiempo con la prensa. Contigo he hecho una excepción. Imaginas el motivo, ¿no?

—Sí. Lo imagino —replicó Cynthia, dirigiendo una despectiva mirada al individuo—. Tampoco yo acostumbro a perder el tiempo con bastardos, pero he recibido una orden. El Simposium del Horror es rabiosa actualidad. Una entrevista al más nauseabundo de los representantes del certamen sería bien acogida por el público. Eso opina mi director.

—Eres muy simpática, nena. Vamos a ser grandes amigos.

—Suéltame. Renuncio a la entrevista.

Berni Kasdan sonrió.

No soltó el brazo de Cynthia. Todo lo contrario. Atrajo a la muchacha contra sí a la vez que intentaba besarla en la boca. Cynthia esquivó el

rostro. Percibió el nauseabundo contacto de los labios de Kasdan posarse sobre su cuello. Las manos del individuo acariciaron los senos femeninos.

Cynthia se zafó corriendo hacia la puerta.

Y Berni Kasdan reaccionó con una agilidad impropia de su voluminosa figura. Atrapó a Cynthia por los cabellos tirando con violencia. El grito de la joven hizo reír a Kasdan.

—Magnífico, nena... ¿Sabes una cosa? Me hubiera desilusionado que no ofrecieras resistencia. Así será más divertido. Más divertido para mí...

Berni Kasdan comenzó a abofetear a la muchacha.

Brutalmente.

Seguidamente la empujó hacia el lecho. Cynthia cayó aparatosamente. La amplia falda del vestido subió mostrando con generosidad los esbeltos muslos. Incluso el turbador encaje del slip. Una visión fugaz que incrementó la lujuria en Kasdan.

Se arrojó sobre la joven.

Inmovilizándola con su voluminoso cuerpo.

Cynthia volvió a gritar. Y de nuevo fue abofeteada salvajemente. Hasta quedar aturdida. Sin resistencia alguna. Fue entonces cuando Kasdan, con congestionado rostro, rasgó el vestido femenino. Se apoderó de los turgentes senos aprisionándolos entre sus ávidas manos, besándolos una y otra vez.

Ni tan siquiera se percató de que la puerta de la habitación se abría a su espalda. Ni escuchó los precipitados pasos.

Sí percibió cómo era atrapado por los hombros y empujado fuera del lecho. Kasdan cayó como un saco de patatas.

—¿Qué diablos... ?

Fueron sus únicas palabras.

Ronny Freeman le aplicó un patadón en el voluminoso vientre. Fue como golpear en un globo. De ahí que repitiera el puntapié. Otra vez al estómago.

Berni Kasdan aulló, retorciéndose por el suelo.

Freeman comenzó a patearle la cabeza. Secos puntapiés que proyectaban la cabeza de Kasdan contra uno de los barrotes de la cama.

Cynthia se había incorporado del lecho. Aunque aturdida, intervino con angustiosa voz.

—Ronny..., Ronny, por favor..., vas a matarle...

Freeman sonrió.

Fríamente.

—Sólo uno más...

Un último patadón. De nuevo al vientre de Berni Kasdan. Dejando al individuo con la boca desmesuradamente abierta. Los ojos desorbitados. Escupiendo sangre por la boca y nariz.

—Cielos, Ronny... Vas a tener dificultades.

—Me tiene sin cuidado. ¿Qué haces aquí, Cynthia?

—Trataba de conseguir una entrevista de esa bestia.

Ronny Freeman sonrió burlonamente, contemplando el destrozado vestido que la joven trataba en vano de componer.

—Un poco más y eres tú la noticia.

—Cierto.

—Pierdes el tiempo en el Cheraw Hotel. Hay una nueva víctima. Han asesinado a Margaret Clovis. En su propio bungalow.

—¡Oh, no... !

—Tus compañeros de prensa ya estarán de seguro al corriente, pero yo puedo adelantarte algo que no será comunicado por la policía. También han cortado la mano derecha a Margaret Clovis.

—El mismo asesino...

—Eso parece. ¿Quieres que llame a una de las doncellas del hotel? Te coserá el vestido y...

—Tengo otro en mi auto —interrumpió Cynthia—. No puedo perder el tiempo. ¡Gracias por la información, Ronny!

La muchacha abandonó precipitadamente la habitación.

Ronny Freeman sonrió encendiendo un cigarrillo. Un ahogado gemido le hizo girar la cabeza. Contempló cómo Berni Kasdan trataba de incorporarse con gran dificultad.

Freeman se aproximó.

Y sin dejar de sonreír, aplicó el enésimo puntapié al estómago de Berni Kasdan.

CAPITULO IX

Berni Kasdan no participó en los actos programados para la tarde por el Simposium del Horror. No se encontraba en condiciones. El doctor del Cheraw Hotel le cicatrizó las heridas de las cejas y labios. También le proporcionó un spray milagroso para los golpes recibidos. Kasdan no presentó denuncia contra el detective del hotel. Consciente de que podía ser correspondido con una denuncia por intento de violación.

Berni Kasdan no olvidaría.

Ya había sentenciado a Freeman.

Kasdan contaba con amistades en los peores estercoleros de Los Angeles. Individuos dispuestos a todo. Y también contaba con amistades vinculadas al Averno. Los adoradores de Satán. La secta más siniestra y temida de California. Kasdan acudiría a ellos para vengarse del entrometido detective.

Ya se encontraba recuperado de la paliza recibida. Tan sólo algunos leves dolores en el costado izquierdo, pero insignificantes. No había probado alimento desde su salida del hotel. Sólo whisky.

En el reloj del salón faltaban pocos minutos para las diez de la noche.

El adiposo rostro de Kasdan esbozó una sonrisa. Tenía una cita a las diez. Allí. En su fortaleza.

La casa de Berni Kasdan era eso. Una fortaleza. Un castillo siniestro. Lo había construido con los beneficios de su primera novela editada por Crothers. Y deliberadamente eligió el terreno en la zona más desolada de Kane Flat. En los arrabales de Los Angeles. Un terreno azotado por el viento y con peligrosos acantilados. Allí alzó la casa. Una gigantesca mansión que recordaba al castillo del conde Drácula.

Kasdan se divirtió mucho dirigiendo la construcción de la casa. Él era un maestro del terror. Y quiso que la casa fuera acorde con ello. Siniestra y lúgubre. Tanto en el exterior como en su interior. De ahí que recibiera pocas visitas. Ni a sus más íntimos les agradaba visitar aquel caserón.

Las diez.

La sonrisa se amplió en el rostro de Berni Kasdan. Eran contadas las citas femeninas en su domicilio. Sólo alguna que otra furcia que se

había atrevido a aceptar la invitación de Kasdan. Y salió de allí arrepentida de su decisión. Berni Kasdan era un sádico sexual. Un ser violento y brutal. Más de una de aquellas profesionales del amor había sido torturada por Kasdan.

Sí.

Berni Kasdan tenía un pequeño museo de objetos de tortura. Adquirido en una subasta. La silla húngara para suplicios, el potro de los tormentos, el sarcófago de la muerte... Todo ello expuesto en una de las habitaciones de la casa. La estancia favorita de Kasdan. Junto con su despacho biblioteca, donde creaba sus engendros literarios.

Kasdan acudió a la cocina en busca del recipiente para el champaña. Aquélla iba a ser una gran noche.

Retornó a salón.

Depositó el recipiente de hielo triturado sobre una mesa para seguidamente coger una botella de champaña. Al tratar de introducirla en el interior del recipiente, encontró cierta dificultad. Kasdan apartó el hielo con unas pinzas.

Fue entonces cuando vio asomar aquellos dedos.

Por entre el hielo.

Unos dedos largos, huesudos, rígidos...

Berni Kasdan palideció agrandando los ojos. Con una mueca de estupor en el rostro. Parpadeó repetidamente. Tras unos instantes de inmovilidad, reaccionó. Ayudado con las pinzas tiró de uno de aquellos rígidos dedos. Hasta descubrir la mano. Una mano humana. Cercenada a la altura de la muñeca. Una mano de ajada piel.

Kasdan soltó las pinzas, retrocediendo unos pasos.

Aquella mano...

La de Margaret Clovis. Le había sido comunicada su muerte por la policía. Le habían informado de que la mano de Marty Nicholson había aparecido en el domicilio de Margaret Clovis y que ésta...

Unos golpes hicieron respingar a Kasdan.

Su cita.

Una soez maldición brotó de Berni Kasdan. Ya no estaba de humor para nada. Ni tan siquiera para aquel programado encuentro amoroso. Después de dirigir una mirada a la cercenada mano que reposaba sobre el níveo hielo, giró sobre sus talones, encaminándose hacia el living.

Se detuvo a mitad de recorrido.

Los golpes.

Aquellos golpes sobre la madera no resonaban en la puerta de entrada a la casa, sino en el interior. Extendiéndose como en un eco por la mansión.

Kasdan volvió a parpadear.

Perplejo.

Berni Kasdan avanzó por el pasillo.

Guiado por el sonido.

Fue en el recodo. Al doblar aquel largo corredor en forma de «L». La puerta que comunicaba con su pequeño museo de objetos de tortura. Lo que él denominaba la «cámara de los horrores». Era allí donde sonaban los golpes. Alguien estaba golpeando la puerta desde el interior de la habitación.

Los ojos de Kasdan quedaron fijos en el pasador. Una gruesa barra de hierro. La puerta tenía cierre por ambos lados. Kasdan, en más de una ocasión, había gastado la pesada broma de encerrar a amistades en la «cámara».

Sólo que ahora…

Si alguien estaba dentro… ¿cómo pudo deslizar el pasador del corredor? ¿Cómo encerrarse a sí mismo por el otro lado de la puerta? La habitación no contaba con ninguna otra salida. Únicamente aquella puerta.

Kasdan se aproximó.

Cuando sus manos rozaron el pasador, cesaron los golpes.

Quedó unos instantes inmóvil. Sin atreverse a deslizar el pasador. Reaccionó sacudiendo la cabeza. Con una sonrisa. No podía tener miedo. Kasdan, en sus reuniones con sectas satánicas, había llegado a

establecer contacto con espíritus infernales. Conocía extraños y diabólicos sortilegios. Él no podía temer a nada humano ni sobrenatural.

Deslizó el pasador.

Abrió la puerta.

La estancia era amplia. Ningún mueble. Sólo aquellos demoníacos objetos de tortura. Piezas de museo amorosamente cuidadas por Kasdan. Pulidas y engrasadas.

Berni Kasdan se adentró unos pasos.

Y la puerta se cerró a su espalda. Al instante escuchó cómo el pasador era acoplado. Alguien, en el corredor, le había encerrado.

Kasdan comenzó a golpear la puerta.

—¡Eh...! ¡Abrid, condenación...! ¿Quién es...? ¿Qué significa esto...?

Una voz le respondió desde el fondo de la sala. Una voz lejana. Como procedente de una caja de resonancias acústicas.

—Aquí, Berni... Ven aquí...

Kasdan quedó rígido.

Paralizado.

Eran dos sus visitantes. Uno le había encerrado desde el corredor. El otro estaba allí. En la cámara. ¿O tal vez uno solo? ¿Un espíritu?

Kasdan giró lentamente.

La estancia estaba iluminada por unos focos que simulaban antorchas. Siempre encendidos. Kasdan cuidaba aquella sala con esmero.

—Aquí, Berni...

Kasdan sintió un escalofrío. Muy a su pesar. El sudor se acentuó en su mofletudo rostro.

No había nadie.

No veía a nadie.

—Ha llegado tu hora, Berni... El infierno está aburrido sin tu presencia... Es tu momento... Ven...

Kasdan tragó saliva.

Avanzó.

—¿Quién es...? ¿Eres tú, Satán...? Yo... soy tu servidor...

—Aquí, Berni..., aquí...

Kasdan bizqueó. Ya había detectado el lugar de donde procedía la voz. Al menos eso creía, sin embargo...

No.

No podía ser.

El sarcófago. El féretro de las punzantes cuchillas. De ahí surgía la tenebrosa voz. De su interior. Y el sarcófago estaba cerrado. Ningún ser humano podía estar allí dentro y hablar con tranquilidad. Aquel suplicio, aquellos infinitos y afilados punzones, ocasionaba al instante la más alucinante de las muertes.

—Ven, Berni... ¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo?

Ya no había duda alguna.

La voz procedía del interior del sarcófago.

Berni Kasdan se aproximó con torpe paso. Quedó frente al féretro. Sin atreverse a inclinarse sobre la mirilla.

Fue entonces cuando la cuerda silbó a su espalda. Un lazo que ciñó súbitamente el cuello de Kasdan. Un brusco tirón le hizo caer al suelo. En vano trató de librarse de aquel mortífero nudo. Su rostro se congestionó. Boqueó falto de respiración. No llegó a perder el conocimiento.

Al menos no del todo.

Habían dejado de tirar de la cuerda.

Cuando logró recuperarse, Kasdan se encontró acomodado en la «silla de Takei». Uno de sus artefactos de tortura. Similar a una silla eléctrica. Con brazaletes de acero para sujetar muñecas y tobillos de la víctima.

Así estaba Kasdan.

Sentado y con los grilletes en muñecas y tobillos. Y frente a él, la fantasmal figura encapuchada. Con una túnica blanca. Las manos protegidas por guantes igualmente níveos.

—¿Quién... quién eres? —logró articular Kasdan—. ¿Qué pretendes?

—Soy tu verdugo.

—¿Mi... mi verdugo? ¿Por qué? No... no irás a... ¡No...! ¡No...!

El encapuchado estaba haciendo bajar el yelmo acoplado en el respaldo de la silla. Una especie de casco.

Los gritos de Kasdan fueron coreados por una carcajada.

—¿Tienes miedo, Berni? ¿Tú...?

El yelmo se ajustó a la cabeza de Kasdan. La enguantada mano fue cerrando la máscara hasta ocultar por completo el desencajado rostro de Berni Kasdan. Sólo dos orificios en aquella siniestra máscara de hierro. Dos orificios por donde asomaban los alucinados ojos de Kasdan.

—Bien, Berni... Primero la mano. Luego seguiremos con el tormento de Takei. Un curioso invento, ¿verdad? El propio Takei terminó víctima de su invento. Triste final.

Berni Kasdan pudo ver la sierra inalámbrica. El encapuchado hizo que así fuera. La pasó lentamente por frente a los dos orificios de la máscara. Y luego la aplicó a la muñeca derecha de Kasdan. Su alarido, dentro de aquel yelmo, resultó espeluznante.

Sólo que aquello no era lo peor.

Y Berni Kasdan lo sabía.

Sabía lo que le esperaba. También el encapuchado le mostró los dos largos y punzantes estiletes. Hasta entonces enfundados en la silla. Dos largas agujas que avanzaron lentamente hacia los orificios de la máscara.

CAPITULO X

Fue Guy Crothers quien descubrió el cadáver. Apenas iniciado el segundo día del Simposium del Horror. Extrañado por la ausencia de Berni Kasdan. Sus novelas se vendían como rosquillas en el stand del certamen. Todos solicitaban ver firmados los ejemplares por el gran Kasdan. De ahí que Guy Crothers, después de mucho telefonear sin resultado positivo, decidiera acudir al domicilio de Kasdan.

Y allí le encontró.

Aquella tercera muerte ya era conocida en el Cheraw Hotel. Se extendió la noticia. Y los visitantes al Simposium del Horror agotaron las existencias de obras de Kasdan. Como un homenaje póstumo. Sólo que Berni Kasdan ya no percibiría los derechos de autor.

—Debería..., debería suspenderse el certamen.

Freeman sonrió.

Dirigió una mirada al pálido Dabney McKeon.

—¿Por qué, Dabney? Eso sería mal negocio para el hotel. Y también para Crothers Editor. Fíjate en la mañana de hoy. Apenas se conoció la muerte de Kasdan, agotaron las novelas del stand. El público es maravilloso.

—¿Cómo..., cómo murió? ¿Le han cortado también la mano derecha?

—Ahá. Me dejé caer por allí. El teniente Danson tuvo la amabilidad de permitirme ver el cadáver. Algo muy desagradable, Dabney. Le reventaron los ojos con dos estiletes. Dos punzantes estiletes que le perforaron el cerebro. La mano derecha sin aparecer. A cambio, dejaron la de la víctima anterior. La de Margaret Clovis. En un recipiente de hielo que...

—Disculpa, Ronny...

Dabney McKeon, aún más pálido, abandonó precipitadamente el salón. Dominando con dificultad las náuseas.

Ronny Freeman continuó en el salón social. Acodado en el mostrador. Contempló cómo Guy Crothers penetraba en el local y solicitaba un whisky doble, que se ventiló de un solo trago.

Ronny Freeman se aproximó al editor.

—¿Más dificultades, señor Crothers?

Guy Crothers respingó dejando que el vaso casi resbalara de sus nerviosas manos.

—Ah…, es usted… Sí, maldita sea… Más dificultades. Leila Maybell se ha largado del hotel. Ni por todo el oro del mundo actuaría en un film para Crothers & Lacey. Otros conferenciantes e invitados han anunciado su ausencia en señal de duelo. Debo buscar también nuevo jurado para el fallo del III Crothers Terror… Terminaré por suspender el certamen.

—Entre ayer y hoy, ha obtenido muy buenos beneficios, Crothers. No llore.

Guy Crothers entornó los ojos.

Fijos en Freeman.

—Su sarcasmo está fuera de tono, Freeman. Lamento lo sucedido. Berni era el mejor escritor de mi editorial.

—Se le acabó la gallina de los huevos de oro.

—¡Al diablo con usted! —exclamó Crothers, arrojando unos dólares sobre el mostrador y saliendo del local.

Ronny Freeman quedó unos minutos pensativo. Seguidamente pasó al hall de recepción. Allí, sobre una de las mesas, había varios programas de mano comunicando los actos a celebrar en el Simposium del Horror y demás detalles.

Freeman tomó uno de ellos.

Lo estaba examinando cuando se le acercó Dabney McKeon. Ya recuperado. Al menos ya no tan pálido.

—Eh, Ronny… Olvidé darte un mensaje. Telefoneó Cynthia Vaughn. Dijo que quería enseñarte algo. Te espera en su domicilio. El 2133 de la Weis Avenue. Advirtió que era urgente.

—¿Urgente y olvidas pasarme el mensaje al momento?

—Llamó poco después de que se comunicara por radio la muerte de Berni Kasdan. Todo el hotel se alborotó y…

—Está bien. Si vuelve a telefonear, dile que voy hacia allí.

Freeman abandonó el hotel.

Minutos más tarde conducía su auto hacia el centro de Los Angeles. Bajo un sol de plomo. Incrementado por el calor por la riada de vehículos. El asfalto parecía arder. Un tráfico infernal, habitual en la ciudad, le demoró en demasía la llegada a su destino.

El 2133 de la Weis Avenue.

Un edificio colmena. Despachos, oficinas comerciales y apartamentos en alquiler.

Ronny Freeman, después de consultar en el directorio del hall, se encaminó a uno de los elevadores del edificio. En la octava planta, apartamento 812-A, se emplazaba el domicilio de Cynthia Vaughn.

Pulsó el llamador de la puerta.

Tras unos instantes de espera reiteró la llamada. Con idéntico resultado. Fue entonces cuando reparó en la cerradura de la puerta. Descubriendo leves raspaduras alrededor del círculo metálico. Como si se hubiera estado manipulando con una llave incorrecta.

Freeman golpeó la puerta con los nudillos.

Y la hoja de madera cedió, entreabriéndose. La cerradura había sido forzada. Se cerró la puerta, aunque con el cierre averiado. De ahí que cediera al leve empuje de Freeman.

—Cynthia... ¡Cynthia...!

Ronny Freeman se adentró en el apartamento. Fue directo hacia el salón contiguo al living. Tras rápida mirada, pasó al corredor, acudiendo hacia una abierta puerta. Un despacho biblioteca.

Cynthia jamás le hubiera respondido.

Estaba allí. Tras la mesa escritorio. Sentada. Con los ojos muy abiertos. Con un rojo orificio dibujado sobre su seno izquierdo. A la altura del corazón.

Freeman se aproximó.

Lentamente.

Cerró los desorbitados ojos de Cynthia. Fue entonces cuando reparó en la mano izquierda de la muchacha. Aprisionando entre sus dedos un arrugado papel.

Ronny Freeman se apoderó de él, alisándolo sobre la mesa.

Sólo unas letras.

«La mano cortada», de Peter Ritter.

* * *

Los expertos en dactiloscopia permanecían en el escenario del crimen. Centrando allí su atención.

Ronny Freeman y Edward Danson se encontraban en el salón del apartamento.

—¿Qué te hace pensar que se trata del mismo asesino, Ronny? Aquí no tenemos el monstruoso «modus operandi». Cynthia Vaughn murió de un disparo al corazón.

—Cynthia me telefoneó. Dijo que tenía algo importante que comunicarme. Tal vez en ese papel que arrebaté de la mano de Cynthia esté la clave. Marty Nicholson, Margaret Clovis y Berni Kasdan. Tres de los miembros del jurado que deben conceder el III Crothers Terror.

—¿Dónde quieres llegar, Ronny?

—Seguro que de las obras presentadas al concurso, muchas han sido rechazadas. Sin pasar de la primera selección. Investiga en esos originales rechazados, Edward. De seguro encontrarás un original firmado por un tal Peter Ritter y titulado La mano cortada.

—¿Un individuo vengándose del jurado que rechazó su obra?

—¿Por qué no?

El teniente de Homicidios se mesó nerviosamente los cabellos. Terminó por esbozar una sonrisa.

—Debo confesar que no tenemos ninguna otra pista a seguir, Ronny. No hay huellas. Ni en el domicilio de Margaret Clovis, ni en el de Berni Kasdan. Ninguna huella digna de mención. Me pondré en contacto con Crothers Editor para que me proporcione la relación de originales presentados al concurso.

—¿Me puedo ir?

—Sí... Esta noche, déjate caer por el Departamento para formalizar tu declaración.

Ronny Freeman asintió con un movimiento de cabeza. Abandonó el apartamento. Al acomodarse en el interior del auto, apoyó momentáneamente la cabeza sobre el volante. Cerró los ojos apretando con fuerza las mandíbulas. En la mente la imagen de Cynthia. Sus desorbitados ojos. Aquel rojizo orificio en su pecho...

La voz de Freeman fue un tenue susurrar.

—No te olvidaré, Cynthia. Y tampoco a tu asesino.

Inició la marcha.

Su hipótesis no le parecía descabellada. Nicholson, Margaret Clovis y Berni Kasdan. Tres miembros del jurado. Quedaban dos. Stella Parks y Harold Lacey.

Freeman pisó a fondo el pedal del gas.

Harold Lacey estaba en el Cheraw Hotel. Le había visto en compañía de Guy Crothers. Ambos platicando con la exuberante Leila Maybell en una de las terrazas. Sin duda tratando de convencer a la actriz.

Ronny Freeman regresó al Cheraw Hotel.

Al entrar en el hall de recepción, se cruzó con Pamela. La muchacha le dedicó una sonrisa.

—Hola, Ronny. No te he visto en...

—Disculpa, Pamela. ¿Sigue Harold Lacey en el hotel?

—Sí. Le encontrarás en la primera planta. En el cuartel general del Simposium del Horror.

—¿Y Stella Parks?

—La señorita Parks sólo estuvo presente en el acto de inauguración. Dudo que aparezca por aquí. Tiene mucho trabajo como maquilladora en los estudios de la Lacey Films y yo...

—Gracias, Pamela. ¡Nos veremos más tarde!

Ronny Freeman subió a la primera planta. Dos agentes uniformados continuaban controlando el acceso a la precintada Sala del Terror.

Encontró a Harold Lacey y Guy Crothers en uno de los salones privados acondicionados para directivos del certamen.

—¿Qué quiere ahora, Freeman? —interrogó agriamente Guy Crothers.

—¿Señor Lacey? —inquirió Ronny Freeman, ignorando al editor.

—Sí, yo soy.

—Soy el detective del hotel. Creo estar en una buena pista que puede conducirnos hasta el asesino. ¿Tiene una relación de los originales recibidos para el III Crothers Terror?

Harold Lacey sonrió. Palmeó sobre unos papeles amontonados sobre la mesa.

—Precisamente hablaba de ello con Guy Crothers. Hemos decidido aplazar la concesión del III Crothers Terror. Muertos tres de los miembros del jurado, es lógica esa demora.

—¿Tiene una relación de todos los títulos recibidos? —insistió Freeman—. Incluidos los rechazados.

—Yo tengo esa relación —dijo Guy Crothers, tomando unos papeles grapados—. Es buena publicidad para la Crothers Editor llevar cuenta de todos los originales recibidos. Totalizan quinientos cuarenta y ocho. De ellos únicamente catorce han quedado finalistas.

—Me interesa La mano cortada, de Peter Ritter.

Harold Lacey arqueó las cejas.

—¿La mano cortada…? Me resulta familiar, pero no hay ningún original con ese título. No recuerdo haberlo leído.

—¿Está seguro?

—Puede examinar la relación de títulos —dijo Crothers, ofreciendo las cuartillas al detective.

Ronny Freeman lo hizo.

Por dos veces.

La mano cortada, de Peter Ritter, no figuraba en la relación de títulos recibidos. Y la hipótesis de Ronny Freeman se desmoronaba como un castillo de naipes.

CAPITULO XI

Francis Road. En Hollywood. A poca distancia de las Beverly Hills. Una zona ajardinada. De lujosos bungalows. Un bello lugar, aunque los grandes del cinema empezaban a desertar de él. En busca de un mayor aislamiento.

Ronny Freeman estacionó frente a uno de aquellos bungalows. Descendió del vehículo caminando por el sendero paralelo al seto que limitaba la propiedad. Se detuvo bajo el porche pulsando el llamador de entrada a la casa.

Encendió un cigarrillo.

Tras un par de bocanadas, volvió a pulsar el llamador.

Descendió los dos escalones del porche bordeando el bungalow. Hacia la piscina y pequeño jardín situados en el lateral.

Descubrió una puerta vidriera abierta.

Comunicando con el amplio salón del bungalow.

—¡Señorita Parks…! ¿Hay alguien en la casa?

Ninguna respuesta a la voz de Freeman. Se adentró en el salón. Magníficamente decorado. Con lujo. Un soberbio mueble ocupaba la casi totalidad de una de las paredes. Con video televisor, equipo de alta fidelidad y receptor de videotex. Stella Parks, la maquilladora de la Lacey Films, era cotizada en el mundo del cine. Fue galardonada por las caracterizaciones realizadas en la última producción de la Lacey Films.

Ronny Freeman pasó al corredor.

Dudó dirigiendo una mirada a izquierda y derecha del pasillo.

Le pareció oír un ruido. Un sonido procedente de una de las habitaciones del corredor.

Como el cerrar de una puerta.

Freeman avanzó.

Hizo gira el pomo de una de las habitaciones del corredor. Entreabrió la hoja de madera.

—¿Señorita Parks...?

La estancia vacía. Uno de los dormitorios principales del bungalow. Espacioso. Con amplio ventanal protegido con finos cortinajes.

Ronny Freeman reparó en la llave acoplada en la cerradura del armario. En la anilla un diminuto escudo de adorno. Y aquel emblema se estaba moviendo levemente.

Se aproximó.

Abrió el armario.

Algo cayó de la parte superior del mueble. Algo que Ronny Freeman tomó instintivamente entre sus manos. Y también en un acto reflejo lo soltó retrocediendo horrorizado. Se contempló las manos manchadas de sangre. Y desvió la mirada hacia aquello que yacía a sus pies.

Una cabeza de mujer. Cercenada. Con el cabello pegajoso, húmedo, teñido en rojo. Sangre que aún manaba a borbotones por el brutal corte.

—Dios... Dios...

La voz de Freeman fue apenas audible.

Contemplando con horror aquella cabeza humana. Los ojos espantosamente abiertos. Una mueca desencajando las facciones...

Ronny Freeman alzó la mirada.

En el armario, en una de las estanterías superiores, una bolsa de plástico manchada en rojo. Goteando lágrimas de sangre. Allí había estado depositada la cercenada cabeza.

—Lo lamento, Ronny.

Freeman respingó, girando con rapidez.

Una mueca de profundo estupor se reflejó en su rostro. Contemplando incrédulo a Pamela. Salía del contiguo cuarto de baño. Cubierta por una larga túnica blanca. En sus manos una tosca capucha.

No estaba sola.

Un individuo permanecía al lado de Pamela. Un individuo corpulento. De unos cuarenta años de edad. Cabeza casi cuadrada. De pómulos

salientes. Boca grande, con el labio inferior colgando hacia abajo. Con un extraño brillo en los ojos. En su diestra una Magnum. Encañonando a Freeman.

—Pamela...

—Sí, Ronny. Lo lamento. Unos minutos más, y nos hubiera dado tiempo a desaparecer de aquí. Ahora es demasiado tarde. Demasiado tarde para ti.

Freeman parpadeó.

Aturdido.

—Dios... Pamela... ¿Qué significa esto? Tú no puedes...

La joven sonrió.

—Sí, Ronny. Yo he sido. ¿Quieres echar un vistazo a la bañera? Encontrarás a Stella Parks. Desmembrada. Convertida en un puzzle.

—Pero..., ¿por qué...?

La sonrisa se mantuvo en el rostro de Pamela. Una mueca cruel. Acentuada por el satánico brillo que paulatinamente asomaba a sus pupilas.

—¿Por qué? ¡Ellos causaron la muerte de Peter! ¡Ellos le impulsaron a la muerte!

—¿Peter...? ¿Peter Ritter? ¿Qué tiene que ver contigo?

—Era mi esposo. Mi amor. Mi único amor... Le conocí en el Centro Psiquiátrico Benson. Yo trabajaba allí de enfermera. Peter Ritter era uno de los pacientes. Desde el primer momento me interesé por él. Peter era un alcohólico. Y el alcoholismo le llevó a los límites de la locura. Yo le rescaté de allí, Ronny. Conseguí sacarle del centro psiquiátrico. Y me casé con él.

—Sigo sin...

—Fuimos felices —continuó Pamela, con voz ausente. Ajena a la interrupción de Freeman—. Unos meses de intensa felicidad. Peter leyó ese fabuloso premio de Crothers Editor. Siempre le había interesado la literatura de terror. Tenía amplios conocimientos del tema. Se consideró capacitado para participar en ese II Crothers Terror. Y yo colaboré con él. Ordenando los escritos,

mecanografiando, buscando datos... Juntos... Peter y yo... Peter escribía en sus momentos de alucinación..., cuando su mente parecía atormentada por miles de espíritus malignos... Era entonces cuando Peter plasmaba en sus escritos las más espeluznantes escenas de terror... Algo que ninguna mente humana hubiera logrado describir con tal estremecedor y horripilante realismo... La mano cortada. Esa fue la obra que presentó al II Crothers Terror. El premio iba a ser nuestro. Peter estaba convencido de ello. Ninguna otra obra lograría igualar a La mano cortada.

Pamela hizo una pausa.

En sus ojos continuaba aquel siniestro destello.

—Aquellos malditos..., ni tan siquiera seleccionaron la obra de Peter. Sidragasum fue la ganadora. Sidragasum... La vulgar historia de un ayudante de Satanás. Peter se hundió. En vano traté de animarle. De buscar otro aliciente para él. Cierto día, al regresar a casa, le encontré muerto. Rodeado de botellas de whisky. Reventó en alcohol... y frente a las cuartillas de La mano cortada.

—¿Quieres decir...? Todos estos monstruosos crímenes sólo por la absurda venganza de...

—¿Venganza? —rió Pamela—. Algo más que eso, Ronny. Tenía que demostrarles lo que es el verdadero terror. Que lo experimentaran en su propio cerebro. Que enloquecieran de horror antes de morir. Y lo he conseguido, Ronny. He esperado pacientemente la celebración del III Crothers Terror. Con su ridículo Simposium del Horror. He esperado a verles reunidos. De nuevo los cinco miembros del jurado. Y han pagado. Sólo me resta Harold Lacey. También él morirá. Sí... Todos tienen que pagar... Peter lo era todo para mí..., tienen que pagar su muerte...

—No conocí a Peter, pero tú estás más loca que él.

El rostro de Pamela se crispó.

En diabólica mueca.

—¿eso crees...? Sí..., es posible..., se puede enloquecer de amor..., de desesperación..., de ver al ser amado hundido por culpa de unos bastardos... Peter necesitaba aquel premio. Era suyo. Todo hubiera sido distinto de haberlo conseguido... ¿Loca...? Sí... y la locura me hizo madurar el plan. Hace unos meses renuncié a mi empleo en el Centro Psiquiátrico Benson. Me dediqué por completo a maquinar mi

venganza… Lo conseguí con la ayuda de Leonard.

El individuo que acompañaba a Pamela, inexpresivo, e inmóvil, parpadeó levemente al oír pronunciar su nombre. Continuó rígido. Encañonando a Freeman.

—Leonard es un buen amigo —siguió Pamela—. El también apreciaba a Peter. Fue su compañero en el centro psiquiátrico. Leonard vivió con nosotros. Yo conseguí que fuera dado de alta, falsificando los papeles médicos. El fiel Leonard. Nuestro servidor. Obediente como un perro. También él participó en la venganza.

Freeman dirigió una mirada al individuo.

Era como contemplar una estatua.

—Te has aprovechado de ese pobre infeliz, Pamela. De su tarada mente. Santo Dios… Es difícil de creer…

Pamela rió nuevamente.

En desaforada carcajada.

—Cierto, Ronny. Un plan perfecto y diabólico. Ellos tenían que morir presa del terror, del pánico, alucinados… Tenía que sentirlo. Ellos lo desconocían. Ellos despreciaban La mano cortada. Yo les haría estremecer de horror. Como si se enfrentaran al más demoníaco de los espíritus infernales… Eso les hice creer. Primero fue Marty Nicholson.

—Con Leonard disfrazado de momia.

—Correcto, Ronny. Yo tenía fácil acceso a la Sala del Terror. Con ayuda de Leonard, retiramos la figura de la momia. Fue destruida en los trituradores de basuras del Cheraw Hotel. A excepción de los vendajes. Hice un buen trabajo con Leonard. La caracterización fue perfecta. Escondí el hacha de Kellog bajo el pedestal. Marty Nicholson buscaría el hacha… y se encontraría con la muerte. Yo me dediqué a sembrar un clima de terror por el hotel. Asegurando haber visto mover a la momia.

—Y yo colaboré.

—No del todo, Ronny —sonrió Pamela—. Al arrancarle los ojos de cristal a…, a la momia, temí que Leonard reaccionara; pero me obedeció. Le advertí que permaneciera rígido. Que sólo atacara a Nicholson. Y Leonard fue una vez más fiel a mis órdenes. Al arrancar

los ojos de cristal, y merced al grosor del vendaje, los ojos de Leonard quedaron semiocultos al fondo. Cerrados. Como un muerto. En espera de Marty Nicholson.

—La mano cortada de Nicholson...

—Eso era un eslabón más en mi venganza. Como un recuerdo a aquellos malditos que habían rechazado la más espeluznante de las historias de terror. Luego le llegó el turno a Margaret Clovis. Fue divertido acabar con esa maldita bruja... Leonard cerrando la puerta del baño, yo esperando en el interior... encapuchada... Como un fantasma del Más Allá. El rostro de Margaret mientras le cercenaba la mano... Mejor aún fue con Berni Kasdan. Sí..., Kasdan merecía un trato especial... El muy estúpido llegó a creer que era visitado por el mismísimo Satán. Un cassette en el interior del sarcófago de la muerte..., llamando a Berni... y Berni temblando de pavor... Leonard le atacó por la espalda... Permaneció bajo el potro en espera de sorprender a Berni. Le acomodó en la silla de Takei. ¿Conoces la silla de Takei?

—Estás loca, Pamela. Enferma.

—¿Acabo con él? —dijo Leonard, despegando por primera vez los labios.

Pamela asintió con leve movimiento de cabeza.

—No hay otra solución. Mi trabajo aún no ha terminado. Y debo concluirlo. Aniquilando a cualquiera que se interponga en mi venganza.

—Eso hizo Cynthia Vaughn, ¿no es cierto?

—En efecto, Ronny. Yo estaba con Kasdan. En su suite del hotel. Le engatusé para conseguirle una cita en su famoso caserón. Minutos más tarde escuché unos gritos. Kasdan no estaba solo. Tenía una visita esperando en la antesala. Una periodista. Y tal vez hubiera oído mi cita con Kasdan. Podía sacar conclusiones después de que Kasdan fuera eliminado. Y así fue. Cynthia Vaughn investigó. Indagó en la azafata llamada Pamela Harris. Descubriendo que ése era mi apellido de soltera. Averiguando mi matrimonio con Peter Ritter. Incluso llegó a descubrir que Peter participó en el II Crothers Terror con el original La mano cortada. Con eso ya me identificaba como posible sospechosa. Muy inteligente la tal Cynthia...

—Y acabaste con ella.

—Te lo he dicho, Ronny. Nada debe oponerse a mi venganza. La muerte de Cynthia fue rápida, dulce, sin sufrimientos… Un disparo al corazón. Cynthia no tenía por qué sufrir. No era necesario que experimentara el terror… Eso estaba destinado a los bastardos del jurado…, a los que hundieron a mi Peter… También tu muerte será rápida, Ronny. No has debido venir aquí… Me consta que tú también estabas tras la pista. Algo quedó en el domicilio de Cynthia que te proporcionó una pista, pero no importa. Ya sólo queda Harold Lacey… El último miembro del jurado que…

Se escuchó el ulular de una sirena.

Leonard ni tan siquiera pestañeó, pero Pamela sí corrió hacia el ventanal de la habitación. Aquel movimiento de la muchacha fue lo que hizo desviar la mirada al inexpresivo Leonard.

Y Freeman aprovechó para llevar velozmente su diestra a la funda sobaquera.

—¡Leonard! —exclamó Pamela, percatándose—. ¡Dispara, Leonard!

El individuo fue torpe en reflejos.

Ronny Freeman se adelantó. Accionó el gatillo del Smith & Wesson. Un certero balazo en el pecho de Leonard que le hizo girar como una peonza y desplomarse de bruces.

Pamela corrió hacia el caído.

Apoderándose de la Magnum.

—¡Quieta, Pamela! —advirtió Freeman—. Ya todo ha terminado.

Un coche de la Metropolitan Police se había detenido frente al bungalow. El disparo había alertado a los agentes que descendieron del vehículo con las armas en la mano.

Pamela se había encasquetado la capucha.

Con la pistola en la mano abrió el ventanal del dormitorio. Comenzó a disparar sin tregua.

—¡No, Pamela…! ¡No disparen…!

La angustiosa llamada de Freeman no fue oída en el exterior. Una lluvia de plomo abatió a la fantasmal figura asomada al ventanal. Instantes antes de que Ronny Freeman llegara con intención de

apartarla de allí.

Freeman se inclinó sobre la muchacha despojándole de la capucha. El rostro de Pamela crispado. Por la comisura de los labios asomaba un hililllo de sangre…

—Pamela…

Los ojos de la joven se agrandaron.

Destellantes.

—Peter…, es Peter…, viene, viene hacia mí… No…, no está solo… Le acompaña toda la corte del Averno…

El rostro femenino se transfiguró. En indescriptible mueca. En sus ojos un satánico brillo. Como si en verdad contemplara aquel desfile de espíritus infernales. Una bocanada de sangre, un ronco estertor, ahogó las últimas palabras de Pamela. Ladeó la cabeza. Sin vida. Con los ojos muy abiertos. Con aquella mueca desencajando sus facciones. Una mueca de indescriptible terror.

EPILOGO

Se estaba procediendo a desmantelar todas las instalaciones y decorados del Simposium del Horror. Al tercer día del certamen. Guy Crothers lo había decidido. Demasiados muertos. Demasiado horror. Incluso para la Crothers Editor.

Ronny Freeman permanecía frente a su vaso de whisky. En una de las mesas del salón social de la planta baja. A sus pies, un pequeño maletín.

—¿Puedo sentarme unos minutos, Ronny?

Freeman alzó la mirada.

Dedicó una sonrisa al teniente de Homicidios.

—Por supuesto, Edward. ¿Ocurre algo? ¿Algo relacionado con mi declaración?

—No. Todo en orden. Te estamos muy agradecidos por tu colaboración.

—También yo. Olvidé dar las gracias a los agentes de ayer. Llegaron muy oportunamente.

—No del todo, Ronny. Envié ese coche patrulla de la Metropolitan Police para proteger a Stella Parks. Descubrí la verdad demasiado tarde. ¿Te marchas?

—Regreso al Mirrors Hotel —respondió Freeman, palmeando el maletín—. Mi estancia aquí ha sido corta, pero espeluznante. Jamás olvidaré estos tres días en el Cheraw Hotel.

—Nadie los olvidará, Ronny. Han pasado a los anales de la historia del crimen. Y figurará como el más monstruoso y sangriento de los crímenes. Sólo una mente enfermiza pudo llevarlo a cabo.

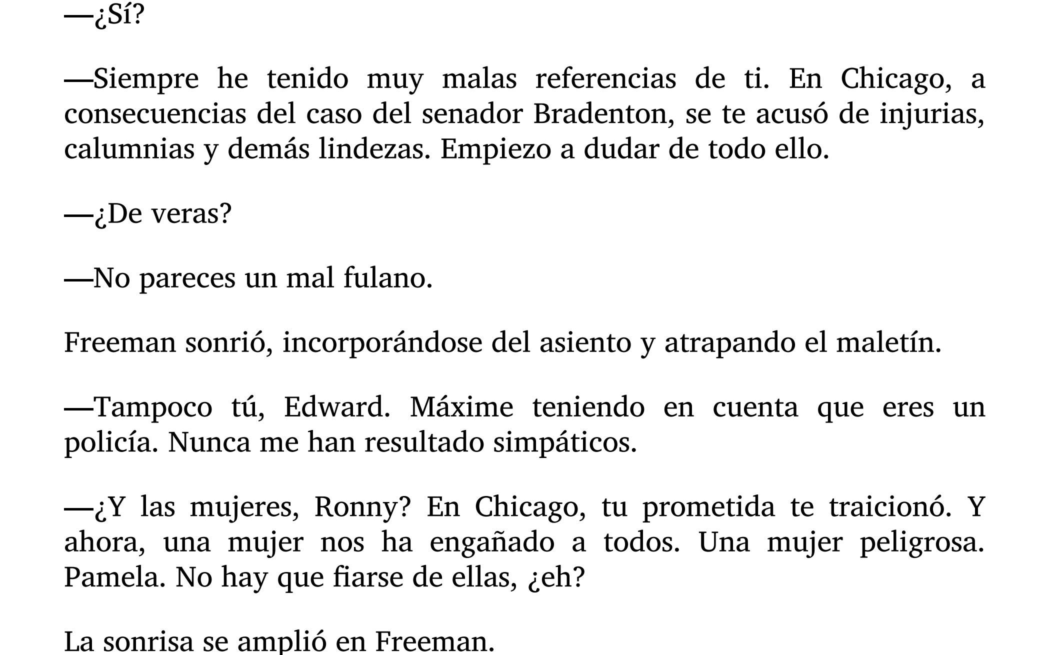
—Puede que Pamela fue la más demente del todo el Centro Psiquiátrico Benson. Bien... La vida sigue. Al menos para Harold Lacey. Fue el único del jurado maldito en conservar el pellejo.

—También sigue para Guy Crothers. Tiene proyectado reeditar todas las obras de Berni Kasdan. Y también ha recuperado el original de Peter Ritter, Publicará La mano cortada.

Freeman se encogió de hombros.

—El mundo está repleto de hijos de perra.

—Ronny…



—¿Sí?

—Siempre he tenido muy malas referencias de ti. En Chicago, a consecuencias del caso del senador Bradenton, se te acusó de injurias, calumnias y demás lindezas. Empiezo a dudar de todo ello.

—¿De veras?

—No pareces un mal fulano.

Freeman sonrió, incorporándose del asiento y atrapando el maletín.

—Tampoco tú, Edward. Máxime teniendo en cuenta que eres un policía. Nunca me han resultado simpáticos.

—¿Y las mujeres, Ronny? En Chicago, tu prometida te traicionó. Y ahora, una mujer nos ha engañado a todos. Una mujer peligrosa. Pamela. No hay que fiarse de ellas, ¿eh?

La sonrisa se amplió en Freeman.

—Depende. Con Gladys, mi prometida, fui afortunado. Me traicionó por un puñado de dólares. Me despojó de todas las pruebas que tenía contra el senador Bradenton. Y el senador le pagó por ello. Fue una suerte para mí. Demostró la clase de Gladys. No hay que juzgar mal a todas las mujeres, Edward. Puede que dentro de unas semanas tengas una sorpresa. Una invitación para una boda.

—¿No irás a decir que tú…?

—Sí, Edward. En los ojos de algunas mujeres sí puede leerse el amor y la felicidad. Conozco a una de ellas. Su nombre es Louise. Me está esperando en el Mirrors Hotel.

FIN